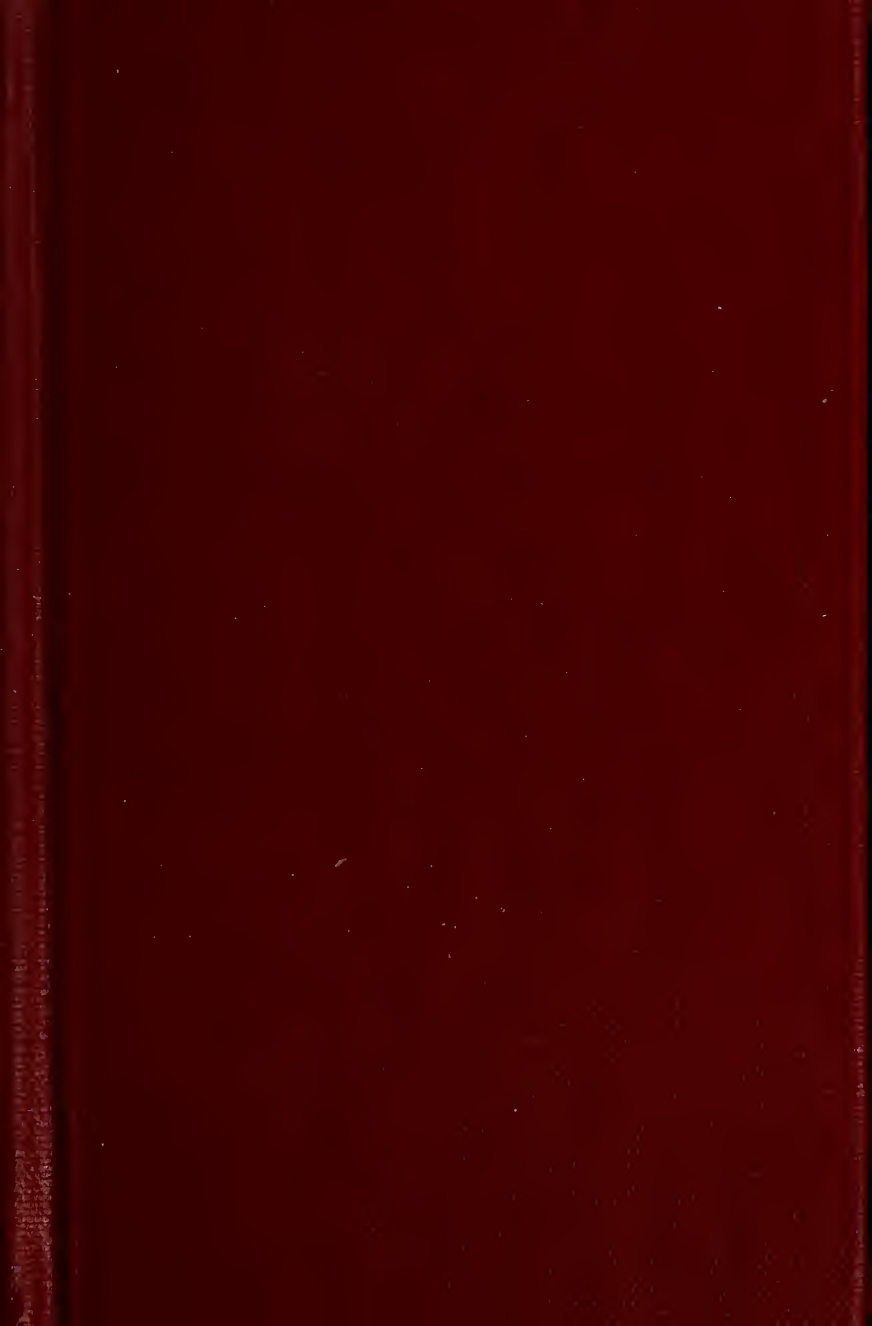





THE LIBRARY OF CONGRESS

TRADICIONES
DE AMÉRICA

POR

D. JOSÉ GÜELL Y RENTÉ



PARIS

IMPRENTA DE JULES CLAYE

CALLE DE SAN BENITO, 7

—

1861

TRADICIONES

DE AMÉRICA

TRADICIONES

DE AMÉRICA

POR

D. JOSÉ GÜELL Y RENTÉ

❀

PARIS

IMPRENTA DE JULES CLAYE

CALLE DE SAN BENITO, 7

—

1861

A mi buena y noble amiga la ilustre Señora Doña Isabel Arlegui de Arcos, dedico estas leyendas.

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

Milan, 17 de Enero 1860.

INDICE

Página.

Tinima.................................... 1

Kena-Kena.................................. 39

El Indio Javi.............................. 63

Sterripa................................... 81

Cacique de Cibao........................... 103

Izua....................................... 131

Vendedores de carne humana................. 167

El santo de Guanabacoa..................... 193

LA LEYENDA DE TINIMA

LA LEYENDA DE TINIMA

I

¿Qué es el tiempo? ¿De dónde viene? ¿A dónde va?

Para Vagoniona no tuvo nunca medida, ni corrieron granos de arena en la eterna clepsidra.

El Hacedor de todas las cosas disipó á su nacimiento las sombras del báratro, y á sus ojos hizo la luz.

Y Vagoniona la amó tiernamente, y de ella nació Tinima.

Tinima, que debia redimir el género humano.

Pero se creyó la mejor obra de la creacion; abrigó en el alma la ingratitud y la soberbia, y por eso Dios la maldijo.

Maldita y condenada á la peregrinacion infinita, era la mas hermosa de las mujeres.

Dios le hizo el alma del fuego.

La pureza, del rocío de la mañana; el cuerpo, del perfume de las flores; los ojos, del brillo de las estrellas; la voz, del canto de las aves; el color, del blanco pálido de los lirios.

Tinima, hija inmortal de Vagoniona, padre de la raza haitiana, estaba condenada á vivir en la tierra sin envejecer nunca.

El invierno y el estío, la noche y el dia, eran indiferentes á la sensibilidad de su cuerpo y de su alma.

En vano la destruccion devoraba á su alrededor todas las cosas.

Ella no se ocupaba de la vida ni de la muerte; su primavera debia ser eterna, y

como los espíritus no piensan en principio ni en fin, Tinima no fatigaba en vano su entendimiento.

Cuando pudiera dejar de ser, solo Vagoniona podia saberlo; de la cabeza de Tinima debian brotar todas las ciencias.

En su mano estaba el poder de paralizar, transformando la existencia de las cosas creadas, pero no podia dar ni la vida ni la muerte.

Era inmortal, sin generacion de inmortales.

Estaba condenada, por su hermosura celestial, á ser amada de todos sin poder amar nunca.

¡Pobre Tinima!!!

II

Cincuenta generaciones, descendientes de Vagoniona, habian desaparecido de la superficie de Haiti.

En las cuevas de Cazibaxaqua, durante el diluvio que cubrió el mundo, y despues del diluvio, que dejó asolada la tierra, se encerraron los indios para salvarse de la ira del Señor de la tierra y del cielo.

Los últimos descendientes de Huacani, que debian continuar la familia de los hombres, desde entonces no volvieron á salir de la oscuridad de las cuevas.

Tenian miedo del sol, porque todas las mu-

jeres habian muerto; y solo quedaba Adonaya, la menor de las hijas del gran cacique Machokael.

Y la raza haitiania estaba pendiente de un hilo, que podia romperlo el mas leve soplo de la destruccion.

Y Adonaya no salia del recinto de Cacibaxaqua.

Los jefes de la tribu la contemplaban melancólicos, viendo acabarse hora por hora la esperanza del linaje amarillo.

Huacani lloraba sin consuelo : debia responder á Machokael de la generacion de los hombres, y los hombres irán desapareciendo de la tierra.

En aquellas profundas cuevas habia nacido un cacique llamado Tuey.

Su espíritu era taciturno.

Sus ojos dulces como la claridad.

Queria un imposible... amaba á Tinima, el ángel maldito; y Adonaya amaba á Tuey...

El cacique para la vírgen era amargo como la retama; ingrato como el jagüey.

Tinima, que podia transformarse en el per-

fume de las flores, en el cántico del ruiseñor, en la luz del alba, en la espuma de las mares, una noche, al salir la luna, se durmió entre las sombras, y envuelta en nubes de nácar y oro, fué á despertar á las orillas de Ornofay, en la isla mas grande del archipiélago americano.

Tuey, que habia abandonado para siempre la oscuridad misteriosa de Cazibaxaqua para vivir á la luz ardiente del sol, en las crestas herizadas del Pani, la vió pasar entre nubes.

Al eterno manantial que forma el lago de la muerte, residencia en otra edad del dios Biajiaxa, dirigió sus pasos.

Metió las manos en el torrente y llamó al espíritu grande.

Y el espíritu grande, que por donde quiera sopla y se oye, sin saberse de dónde viene ni á dónde va, estremeció las aguas con sus alas vaporosas.

Y como el gemido de un moribundo, repitió tres veces en el silencio de la oscurísima noche :

« Tú quieres luchar con el genio malo : cruza el mar azul, y en Ornofay hallarás á Tinima. »

El cacique oyó aturdido la voz de la muerte.

Bajó las crestas del Pani, y al despuntar la mañana, en su canoa, se lanzó á navegar por las ondas salobres.

Dos dias remó sin descanso : ¡ qué estrella tan brillante le indicaba el camino durante las horas de la claridad y en medio de la tenebrosa noche!

Al tercero, la aurora, columpiándose entre nubes de ópalo y oro, salpicando las flores de perlas, levantó en el límite del horizonte al padre de la luz, y á esa hora, Tuey vió las playas de Ornofay : poco tiempo despues pisó sus arenas, y principió á cumplirse la voluntad del grande espíritu.

Adonaya, con la ausencia de Tuey, estaba triste, muy triste...

Con su tristeza, los árboles inclinaron mústias, las marchitas ramas. La brisa no rizaba las aguas de los arroyos; el viento gemia con una pena tan misteriosa, que el eco apenas se atrevia á llevar su lastimera pesadumbre á la soledad de los mares.

Los hombres de la raza vagoniona miraban

llenos de amargura á Adonaya, ofreciéndole el amor de sus almas afligidas.

Pero la desconsolada vírgen amaba á Tuey, y el amor de Tuey era la vida de la enamorada cacica; treinta noches apareció la luna rodeada de sangre; los nublados densísimos hicieron imposible la claridad del sol.

Los hombres de las cuevas de Cazibaxaqua lloraban afligidos á los piés de Adonaya, que los miraba con la postracion de la muerte; su pobre corazon no podia levantar las alas.

III

Al cielo llegó el lamento de los indios de Haiti; Tinima lo oyó tambien en las riberas de Ornofay, donde residia el sábio Aicoroa.

Cerca del Canimar y frente la playa, donde desembocan dos rios que se sepultan en el mar, bajando la cumbre dividida por la mano de Machokael, donde los ojos del hombre se perdian en la llanura inmensa, sembrada de corpulentos árboles, tan antiguos como la vida, brotaban arroyos cristalinos, y por todas partes se divisaban bosques de flores, las mas bellas y olorosas de la creacion.

Allí cantaban todas las aves del cielo: allí

descollaba la palma, el dulce tamarindo, el morado caimito, el verde aguacate, el mamey amarillo, y la tierra era una alfombra de hojas aromáticas. Allí las márgenes de los rios eran de lirios; el calor del sol suave, porque la brisa lo refresca con amorosos besos.

En aquel paraiso, la claridad de la luna se dormia entre árboles espesos de una altura extraordinaria y con una tristeza indecible.

En ese valle tan espléndido y magnífico, Tinima habia tendido su cendal de vírgen inmortal, y en el tronco hueco de una ceiba que llegaba á las nubes, con sus propias manos, levantó su morada bajo una verde madreselva.

Allí habitaba desnuda, á la luz del sol y de a luna y al resplandor pálido de las estrellas.

Y como habia recibido de su padre el don de trasmudar la naturaleza de las cosas creadas, lo que tocaba su mano delicada ó miraban sus lindísimos ojos, quedaba herido de su poder mágico y condenado al encantamiento.

Y por eso Tinima, que era buena, jamas fijaba con amor los ojos, ni habia tenido odio ni compasion, ni se acercaba á ánima viviente.

IV

Era la hija maldita de Vagoniona, padre de los hombres : y maldita del Señor Dios, *estaba condenada al desamor y soledad eterna, como los reyes de la tierra.* La vírgen, en su grandeza de espíritu inmortal, habia inclinado la frente y cumplia resignada la voluntad de Dios.

¡Ay del infeliz á quien hubiera amado!...

Y Tuey, loco de amor, la habia seguido á las riberas de Ornofay...

Pero el cacique no encontraba á la vírgen.

Llorando de dia y noche, la buscaba por los espesos bosques y las vastas llanuras; por las cumbres y las encrucijadas inaccesibles.

Desesperado de no encontrarla, ahogándose de calor, se metió en las cuevas, situadas entre los dos rios, que van á confundir sus aguas en la gran concha que principia en la desembocadura del Canimar, cuyas orillas, cubiertas de flores, son la admiracion de los nacidos.

En esas cuevas, donde Dios habia sembrado todas las maravillas de la naturaleza para asombro de la inteligencia creadora, las estalactitas transparentes formaban innumerables y magníficas estancias.

Cien bóvedas blancas como la nieve, sostenidas por pilastrerías simétricas y fantásticas, deleitaban los ojos.

Largos corredores incrustados de oro y azul conducian á profundas concavidades, de increible magnificencia, adonde la luz del sol, penetrando por agujeros hechos por la filtracion, en multitud de siglos, descendia del cielo, á bañarse en corrientes de nieve, que con tremendo ruido se sepultaban en las entrañas de la tierra.

En unos lugares sofocaba el calor incipiente; en otros el frio estremecia los huesos.

Al interior de aquellos subterráneos no llegó el ángel del diluvio; en ellos habia sobrevivido á la ruina de la humana especie Aicoroa; y en ellos, abrasado por los rayos del sol, habia entrado el afligido Tuey.

V

Se habia quedado dormido á la orilla del torrente, que nace y se derrumba, resonando como la voz de la eternidad, por aquellas soledades infinitas, cuando sintió sobre el pecho la presion de una mano delicada.

Al abrir los ojos vió á Tinima sentada misteriosamente á su lado. La vírgen apoyaba la cabeza sobre su mano izquierda, recordando con tristeza los primeros dias de su vida.

Tuey la contempló enternecido; iba á hablarle; pero la vírgen bajó tímidamente los ojos, que los cubrian de sombra sus larguísimas pestañas, y como un relámpago desapareció.

Tuey quiso seguirla : corrió tras ella como un loco; á gritos la llamó en el sepulcral silencio.

Nadie respondió á sus lágrimas.

El cacique salió á la luz de la luna, por los montes y por las orillas de los rios y en ningun lugar encontraba á la vírgen.

Buscándola amaneció; el sol parecia un volcan de rubíes rodeado de oro.

El cielo estaba azul. Los pájaros cantaban alegres, y los arroyos corrian salpicando las flores matutinas; la brisa columpiaba el ramaje verde de las palmas y yagrumas, y todo saludaba misteriosamente el amanecer. Todo sonreia, todo... y el cacique Tuey no levantaba los ojos para bendecir aquel cuadro solemne de grandeza y de armonía.

Los que están afligidos tienen la cabeza como los sáuces, inclinados sobre la tierra, para dar sombra á los sepulcros; melancolía á la soledad; y hastío al egoismo de los necios.

Sin esperanza, el cacique subia la gran montaña que dominaba el valle, donde acababa de morir el gran Aicoroa. Tuvo sed; llegó á la

márgen de un arroyo cristalino, y bebió sus aguas, y sintió calor en el corazon, y al tender por la llanura sus ojos nublados, vió que á su rededor la tierra estaba sembrada de lirios y azucenas, acabadas de abrir al aura celestial de la mañana.

Arrancó de su rama un lirio y oyó un ¡ ay! que le traspasó de angustia el corazon : el cacique admirado lo dejó caer sobre la tierra, y fijando la vista en aquel mar interminable de flores, en un sombrío de madreselvas y aguinaldos, vió á Tinima que cogia en las orillas de un arroyo, morados romerillos.

— ¡ No huyas, amor mio de mi alma! le dijo, temblando de que su voz amedrentara la vírgen.

Tinima lo miró melancólica.

— Desgraciado, le respondió, ¡ tú no ves que el cielo va á castigarte !!!

Y la vírgen, con sus romerillos, llegó al lado del cacique, que le tendió las manos suplicantes.

Desnuda ; hermosa como el cielo azul cubierto de estrellas ; con sus pechos redondos, mórbidos, como grupo de nubes ; con sus cabellos

sueltos al blando viento; coronada de flores olorosas, se detuvo delante del cacique.

Del cacique, que arrebatado por la locura inmensa del amor, le dijo tiernísimamente:

« Hija de Vagoniona, si me amas, ángel divino, dáme esas flores.

« Hija de Vagoniona, si me amas, lirio del alma mia, mírame con tus ojos de paloma, y dáme esas flores.

« Hija de Vagoniona, lucero en la noche de mi vida, si me amas, bésame con el beso de tu boca, para que de amor se estremezcan mis entrañas, y dáme esas flores. »

La vírgen, sin desplegar sus labios, se acercó al cacique, lo miró, como si la muerte le arrancara las alas del corazon, y con profunda tristeza, bañada en lágrimas, le dió un ramo de romerillos morados...

El cacique cogió las flores, que se le cayeron de las manos...

Las levantó de la tierra, y de nuevo volvieron á caérsele...

« Tinima, necesito para atarlas uno de tus cabellos, le dijo, turbado...

— Tuey, exclamó la vírgen, abriendo los ojos, donde el miedo asomaba, nublando de palidez el semblante: ¿no ves que Vagoniona va á castigarte desde el cielo?..

— Tinima, volvió á decir el indio, dáme uno de tus cabellos, para atar estas flores, y guardarlas toda la vida al calor de mi corazon, aunque Vagoniona me condene al fuego eterno.

— Tú lo quieres,» respondió la vírgen, inundados los ojos de lágrimas; y con sus manos, como ramos de lirios abiertos al amanecer, se arrancó de las sienes unos cabellos como hebras sutilísimas de oro: con ellos ató los morados romerillos, y besándolos con el beso de su boca, se los dió al enamorado indio, que conmovido de agradecimiento, besó las flores: aspiró su aroma, y al estrecharlas contra su corazon, como si se le acabase la vida, lanzó un suspiro, exclamando moribundo: *¡yumury, yumury!!!* cayendo sobre la tierra para convertirse en ruiseñor y tender al aire sus ligeras alas.

Tinima, al verlo, lloró mucho.

A gritos pidió á su padre Vagoniona la tras-

mudacion de Tuey á su antigua existencia... pero debia cumplirse el destino.

Tinima no podia amar cosa creada : habia desobedecido á su padre Vagoniona, y en pena la trasmudacion de Tuey debia durar hasta el fin de los siglos.

VI

Y la raza de los nacidos llegaba á su último instante; y parecia imposible que ningun ser humano viniera á Ornofay á salvar á Tuey de su encantamiento...

La vírgen desconsolada, con sus manos temblorosas, colgó el ramo de romerillos, atado con sus cabellos encantadores, en el tronco de la ceiba, á cuyo pié habia caido el desgraciado Tuey; y apoyada en él comenzó á llorar su pena; con muchas lágrimas regó las raices de aquel árbol antiguo como la creacion.

Y así pasaron los dias; así los meses y los

años; desesperada, de que el sol, no consolara su pena, se ocultó en las cuevas, y á la claridad de la luna, salia á recorrer las montañas ó á bañarse en las transparentes ondas del Canimar, para volver siempre á sentarse meditabunda, en el rincon oscuro donde por la primera vez, puso la mano sobre el corazon del encantado Tuey.

Con la tristeza de su amargura vivia la vírgen, oyendo el canto misterioso del ruiseñor.

En Haiti, la raza de los hombres enferma, habia desaparecido : la muerte se sentaba tranquila en las orillas del Pani pronta á tender por última vez las alas á la region eterna.

Solo Adonaya habia sobrevivido al linaje de los hombres; su vida era el último hilo que podia romperse, y por eso los ojos del ángel del sepulcro se paseaban torbos é intranquilos por la superficie de la tierra.

Adonaya se preparaba á morir : en su inquietud desconsolada, subió como Tuey á la cumbre del Pani; é impulsada por un poder sobrenatural, se lanzó al fondo del lago.

Buscaba en la muerte la vida; pero al caer

en las aguas tuvo gran dolor en la frente; perdió el sentido, y cuando volvió en sí, despertó en el fondo en una cueva azul tachonada de estrellas. En la entrada se sentaba un anciano tan viejo como el mundo.

La barba le caia rizada sobre las membrudas manos, donde apoyaba la cabeza venerable.

« Adonaya, le dijo, cuando la asombrada india pudo con los ojos comprender su gran orígen: yo soy Vagoniona, padre del linaje de los hombres; esta es la puerta de la eternidad; por ella entran los espíritus que han cumplido bien su mision sobre la tierra; tu hora no ha sonado todavía; cuando vuelvas á ver la luz, cruza el mar, llega á Ornofay y dirige tus pasos á donde oigas el canto del ruiseñor; y cuando el cielo azul se cubra de nubes y no brillen las estrellas, duerme bajo la ceiba mas corpulenta que miren tus ojos, y aguarda allí, á que se cumpla el destino.

« Del amor de tu corazon debe renacer la raza de los haitianos. Bendecida del Señor, vete á Ornofay. »

Adonaya desde el fondo del lago, como ligero pez, salió á la superficie y se sentó pensativa y asombrada sobre la negra piedra en la orilla del Pani.

VII

Hasta la venida de la luz hizo oracion; y cuando el sol brilló en el horizonte, en su canoa, empuñando los remos, atravesó el mar, y empujada por los vientos llegó á Ornofay.

¡Qué de palmas guardaban aquella orilla feliz! ¡Qué de flores coronaban las cumbres! ¡Cuántos pájaros armonizaban la soledad misteriosa de las llanuras!

¡Qué aromas perfumaban el aire!..

¡Qué frescura esparcian, los claros torrentes!

Ornofay era el paraiso donde Vagoniona

habia dispuesto la generacion de los hombres.

Adonaya puso el pié en las menudas arenas; y la mar deshizo contra las rocas la frágil canoa.

La india fué internándose poco á poco en la playa y luego en la verdísima llanura.

¡Qué silencio!!! ¡Qué voz de eternidad tan elocuente!!!

Adonaya tuvo sed; los cocoteros dejaron caer á sus piés el transparente licor de sus altísimas cabezas, encerrado en sus vasos de ébano.

Tuvo hambre; las guanábanas, los caimitos, los mangos y los mameyes inclinaron sus ramas cargadas de tan dulces y aromáticos frutos.

Quiso entregarse al descanso, los mirabolanos y las ceibas cubrieron la tierra de sus chopos blancos, mas finos que plumas de aves ligeras.

Al quinto dia, de vagar por Arrofay, la vírgen llegó á Canimar.

¡Qué orillas tan apacibles! ¡Qué guirnaldas

de flores entretejian los árboles corpulentos! Como cristal eran sus apacibles ondas.

A nado las pasó la india; y continuando el camino, cruzó dos rios, subió á la cumbre, bajó al valle y entró por fin, en las sagradas cuevas, mansion en otros dias del sábio Aicoroa.

VIII

El silencio reinaba en la mansion misteriosa del cacique, adivinador de las cosas futuras, que habia sobrevivido al diluvio, para conservar todas las ciencias.

A la entrada de la gran cueva, estaba sentado, con el cuerpo rodeado de perlas y granos purísimos de oro.

Aicoroa era el último varon santo de la raza amarilla descendiente de Machokael.

Adonaya oró al lado del cadáver.

La luna se envolvió entre negrísimos celajes.

Las estrellas recogian su vívida luz.

No se agitaban las hojas de los árboles, y todo

2.

en la tenebrosa oscuridad repetia solemnemente el nombre bendito de Dios, *que en todas partes es el mismo, Señor del cielo y de la tierra y del cuerpo y el alma de los vivientes.*

Adonaya no podia mas, ni con la tristeza, ni con la vida.

Alzó los ojos á su padre Vagoniona, y sintió en el alma un dolor, como de herida de flecha.

Con las manos cruzadas queria darle alivio al corazon, apretándolo violentamente; pero el infeliz, hecho pedazos, queria salirse del pecho.

IX

Cansada de pesadumbre, Adonaya se sentó al pié de una ceiba tan antigua como el mundo.

Desde sus ramas, cinco veces cantó el ruiseñor; la luna seguia envuelta entre oscuras nubes, y la india, llenos los ojos de lágrimas, quedó adormida.

El ruiseñor volvió á cantar : su gorgeo era una melodía interminable de dolor y de tristeza.

Cantó la séptima vez, y del espeso bosque se levantó una vision vaporosa, como sombra de mujer, desnuda y blanca como un lirio, rodeada

de perfume y del disco azul, amarillento y rosado, del arco íris.

Era Tinima, hija de la luz, coronada de curias y de hojas de jagüey, que se adelantaba silenciosa, le señalaba el camino la mano de Vagoniona... debia cumplirse la voluntad de Dios; y la raza de los hombres salvarse de la ruina total, para vivir hasta la consumacion de los siglos.

Adonaya dormia; en su frente brillaba un punto del color de las estrellas; y sobre su cabeza estaba el ramo de romerillos encantado, con los cabellos de Tinima, que habian convertido en ruiseñor al desgraciado Tuey.

Así debia permanecer hasta el último dia del mundo, si la mano de una mujer, rompiendo los cabellos, no quebrantaba el encantamiento.

Y Tinima llegó hermosa como un ángel, delante de la infeliz Adonaya; la vió pálida como flor de tamarindo y moribunda como alma que se acerca al límite de la vida; y tuvo compasion...

Y aunque condenada á no ser madre, ni á

poder amar á nadie en la tierra, sintió un dolor que le dividia de angustia el alma.

La pobre vírgen, la miró con odio; luego con celos; y al fin, como era grande é inmortal, con dulce piedad... se acercaba la hora del destino...

X

Adonaya quiso abrir los ojos. En su profundo sueño el dedo de Vagoniona rompia el velo del pasado, disipando las sombras impenetrables del porvenir...

Y cuando contemplaba aquel cuadro extraordinario, Vagoniona le dijo con acento profundo :

« Desata esas flores, que están sobre tu cabeza, para que la raza amarilla no se acabe nunca. Tuya es la eternidad. »

Adonaya, dormida aun, tendió las manos para coger los romerillos, suspendidos en el tronco de la ceiba.

Pero Tinima se los arrebató, para estrecharlos convulsiva contra su corazon; y mientras los abrasaba con besos amorosísimos, Adonaya tendió violentamente las manos, rompió los cabellos, y las moradas flores, marchitas por el soplo del tiempo, cayeron deshechas sobre la tierra...

Entonces cesó el canto melancólico del ruiseñor.

La luna rompió los celajes oscuros, grande y brillante, como escudo de plata, y llenó los ámbitos de la creacion.

Tinima, herida del rayo, dió un agudo grito, y cayó sin sentido al lado de Adonaya.

XI

De la superficie de la tierra se levantó entonces una nube color de rosa; de su centro, transparente como claridad del relámpago, salió Tuey.

Anegado en lágrimas no osaba levantar la cabeza delante de Adonaya.

Pero la india abrió los ojos; y loca de amor y de alegría, se arrojó con la velocidad de una paloma que busca su nido, al cuello del cacique.

Entonces resplandeció sobre la frente de Timina la estrella de la mañana.

Y se levantó de la tierra: y poniendo la

mano derecha sobre la cabeza de Tuey, le dijo con ternura :

« Has dormido diez años encantado con el amor divino de mi corazon ; mis cabellos te han aprisionado largo tiempo. Vagoniona quiere que mi raza inmortal desaparezca, para que no escalen el cielo ni conozcan el camino de la eternidad, los hijos de la muerte y de la vida...

Cúmplase su voluntad : mi martirio es la redencion de la raza de Haiti...

Adonaya es la escogida : que ella te adore tanto como la diosa Tinima, hija inmortal de Vagoniona. »

Y poniendo sobre la cabeza de los amantes la verde guirnalda que adornaba su frente, tendiendo las alas al cielo, desapareció entre la pálida claridad de la plateada luna...

Adonaya y Tuey, sorprendidos, se abrazaron amorosísimamente.

La noche recogió su manto de oscuridad profunda.

Por la mañana el sol alumbró la tierra.

Y desde entonces, aquel lugar risueño y misterioso se llamó valle de Yumuri. Las cuevas

donde vivieron, Aicoroa y Adonaya, cuevas del Yumuri; y las orillas del rio donde estuvo encantado Tuey, y donde por la primera vez se oyó el canto del ruiseñor, rio del Yumuri...

Esta es la tradicion de Tinima, hija de la luz y de Vagoniona, padre de los hombres.

KENA-KENA

KENA-KENA

I

Al pié del Ilimani hay una aldea rodeada de árboles y de arroyos cristalinos, y mas cerca del alta cumbre una pequeña ermita : su puerta está adornada de guirnaldas esculpidas primorosamente en la piedra : sus ventanas son ojivales, y el altar y la Vírgen los labró la mano del Monje blanco.

Del Monje blanco que allí hacia oracion; que

allí celebraba la misa el despuntar la aurora; que allí curaba á los enfermos; era consuelo de los afligidos; amparaba á los débiles, y allí vivia amado de los habitantes de los caseríos y de las tribus que se ocultaban en el corazon de la sierra.

Pero habiendo muerto hacia siglo y medio, de su vida no quedaba sino la tradicion, y al lado del altar de la ermita dos piedras sepulcrales : en la de la derecha se leia : *Kena-Kena*, y en la de izquierda, el *Monje blanco*.

Los aldeanos llevaban el dia de difuntos, coronas de ciprés á la tumba del Monje; y en la fiesta de la resurreccion, coronas de mirto á la tumba de Kena-Kena.

Las tradiciones de los pueblos son su historia; Kena-Kena era una tradicion muy melancólica; y al contarla las vírgenes de América derramaban lágrimas.

Refieren, que á media hora de la ermita habia un arroyuelo : por sus arenas rodaban sin que nadie los codiciara, granos y pepitas de oro. Al bajar de la cumbre, antes de pasar besando el muro de la ermita, formaba un remanso

apacible, rodeado de madreselvas y romerillos. A un lado del remanso, bañaban las cristalinas aguas una piedra de mármol negro veteada de color de fuego; y al otro, el tronco y las raices de un sáuce corpulento.

Sobre la piedra negra, cuentan que el primer dia del mes de mayo de 1700, estaba sentada una niña como de ocho años de edad. Las piernecillas las tenia desnudas, y con ellas revolvia la corriente, queriendo lavarse una mancha de sangre que tenia en el pié derecho, aunque mientras mas la frotaba mas y mas se avivaba su color purpúreo.

Hacia media hora que la niña luchaba con las aguas del arroyo, y con su mancha de sangre; cuando de la espesura de la selva salió el Monje blanco.

« Kena-Kena, le dijo melancólicamente, no te fatigues en vano; esa mancha no se borrará nunca, la heredaste de tu madre y con ella bajarás al sepulcro. »

Tan niña como era Kena-Kena, inclinó la cabeza; pensó en la historia de su nacimiento, y de sus ojos principiaron á brotar abundantes

lágrimas. Ardiendo salian de su corazon para ir á sumergirse en el curso frio del arroyo, y tambien caian en él las flores agostadas de los árboles.

Las lágrimas son las flores del alma; y las flores son las lágrimas de los árboles; flores y lágrimas cubren el sepulcro de la vida.

El Monje taciturno miraba lleno de melancolía la triste Kena-Kena.

Un pastor habia dicho á la niña, « que en la hora en que labándose en el rio, desapareciera la mancha de sangre de su pequeño pié, encontraria á su padre y á su madre, y dejaria de ser huérfana sobre la tierra. »

El Monje blanco, que era para todos los nacidos en Ilimani la voz de Dios, le habia quitado para siempre esta esperanza.

Y la niña tenia hambre, sin encontrar pan; estaba desnuda y helada, sin hallar abrigo... y continuaba sin levantar los ojos de la corriente, cuando el Monje paso á paso, fué llegando al arroyo, y tambien se sentó sobre la piedra de mármol negro.

Dos horas lloró la niña y dos horas el Monje;

con sus brazos cruzados, envuelto en su ropaje como la nieve, tuvo fijos silenciosamente los ojos sobre la tierra : parecia una nube tempestuosa dormida en la cumbre del monte.

Del tronco del sáuce, que bañaba sus ramas en el remanso, un ruiseñor cantó con melodiosa ternura ; ¿era que tambien se lamentaba el infeliz pajarillo?

La niña alzó la frente al oirlo, y enjugó sus lágrimas, y fatigada de la pena, sin desplegar sus lábios, recostó la cabeza sobre el pecho del Monje, y con sus ojos azules como el color del espacio en los dias serenos, lo miró dulcemente.

La mirada de Kena-Kena cayó sobre el corazon del ermitaño, como la lluvia sobre la yerba de los campos abrasados.

Y se quedó dormida; y el Monje hizo oracion, velando el sueño de aquel lirio pudoroso de inocencia.

La niña soñó en el paraiso, y de vez en cuando invocaba á la Madre de Dios; y su boca fresca y delicada, como las hojas de las amapolas color de rubí, que se abren al despuntar

la mañana, sonreia con la beatitud de las almas inocentes.

Y el Monje, mientras la niña dormia, lloraba sobre la mancha de sangre, tantas lágrimas, como Kena-Kena habia derramado en las corrientes del arroyo.

Y las lágrimas de aquel hombre (que aturdido la veia misteriosamente desaparecer) borraban la mancha, y al darle gracias á Dios, una gota de lloro, fria como el hielo, cayó sobre la frente de Kena-Kena.

Las lágrimas de los cuarenta años parecen evaporadas del manantial de la muerte; son frias como las horas del sepulcro.

La niña despertó asustada: « Padre, gritó, ¿cae nieve? — No, hija mia, duerme en paz, que ya se ha cumplido la profecía del pastor. »

Y todavía estaba durmiendo cuando el Monje la suspendió en sus brazos y la llevó para siempre á la ermita de la Vírgen.

II

Y pasaron los años; y Kena-Kena, al abrigo del Monje, creció como la palma del desierto: sus ojos azules como las estrellas, se volvieron ardientes como la luz del sol: melancólicos como la luna, y claros como el rocío de la mañana; el cabello finísimo conservó de la niñez el color amarillo de los granos de oro; sus mejillas eran sonrosadas como orquideas purpurinas; sus dientes como la nieve; sus hombros y sus pechos, redondos y suaves como aroma de violetas; su cintura breve; y sus manos y piés pequeños y delicados como plumas de paloma.

Kena-Kena era el ángel del Ilimani.

Ella alumbraba todos los dias el altar, y adornándolo con azucenas, le tejia coronas de jazmines y de rosas.

La mirada de sus tímidos ojos era la guia y el aliento de las tribus indomables.

Ella ayudaba la misa : á la caida de la tarde, desde la puerta de la ermita, decia á gritos, que resonaban por las inmensas cumbres, la oracion del ángel.

Y cuando la garra del tigre, ó la picada de la culebra venenosa ponia en peligro la vida del caminante, ella aplicaba á la herida un bálsamo de yerbas, y la herida se curaba milagrosamente.

A Kena-Kena no le espantaba la oscuridad de la noche, ni el silencio solitario del desierto.

Con sus flechas á la espalda y su arco tendido, saltaba de monte en monte, como la cierva ligera, y entre las nubes que venian cansadas á sentarse sobre el Ilamini, parecia el ángel del juicio final, pronto á tender su vuelo por el espacio infinito.

III

Tenia diez y nueve años, cuando una tarde, al esconderse el sol en el horizonte, ardiendo como los volcanes, la llamó el Monje.

El tenebroso ermitaño estaba pálido : su frente cercada de arrugas : sus ojos nublados : su boca amargamente cerrada y en sus facciones se reflejaba la sombra del desaliento y de la desesperacion.

Aquel hombre que dormia indefenso entre las tribus; aquel espíritu que hacia veinte años vivia escondido entre las breñas, para el cual, las tempestades, el frio, el sol, la humedad y

el hambre, no eran mas que ilusiones de la miseria.

Aquel espíritu, todo valor y todo misericordia, para quien la especie humana era un monton inapreciable de humo y de vanidad, y para el cual ni los reyes, ni los mendigos, ni la civilizacion, ni la barbarie, eran sino entreactos de una comedia eterna.

Aquella alma extraordinaria, se habia abatido á los cincuenta años... y sus membrudas manos estaban calenturientas; y en sus miradas habia inquietud, y en sus pasos incertidumbre, y en sus sueños desasosiego, y en su silencio horrible martirio.

Kena-Kena, al oir su voz, llegó ligera.

« Bendíceme, padre, le dijo, mirándolo tiernamente : » el Monje la bendijo tembloroso.

« Padre, suspiras, y me empapas la frente con tus lágrimas, ¿qué tienes, consuelo mio de mi corazon?... »

El Monje puso solemnemente las manos sobre la cabeza de la niña, que estaba arrodillada á sus piés, sus ojos radiaban con misteriosa gran-

deza y á su frente asomaba la inspiracion de las ideas sublimes.

« Escúchame, le dijo con dolor profundo : Once años has vivido á la sombra del altar de la Vírgen María, once años he rogado á Dios, porque tu existencia fuera tranquila y tan feliz como el sueño de los ángeles.

« Te he visto crecer, y á todas horas del dia y de la noche, has sido el espíritu del ánimo mio : y la lámpara que alumbraba la santa imágen, ardia, para que en la oracion, fijos en tu frente los ojos, adorase en tí al Señor Dios de las edades.

« Al Señor Dios, que formó el mundo de la nada, que sembró de estrellas el firmamento, dió giro al sol y espíritu á las cosas interminables de este mundo.

« Once años, que aquí, en el alma, siento un dolor que va á matarme. Kena-Kena, yo te amo con toda la melancolía de mi tristeza, dijo el Monje rompiendo en sollozos; necesito tenerte estrechada contra mi corazon; necesito respirar tu aliento : necesito tu amor para no maldecir la hora en que nací, y no

abandonar para siempre el altar de la Vírgen. »

El Monje cruzó los brazos y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Kena-Kena levantó los inocentes ojos y lo miró enternecida, y como llega la tórtola al arrullo de los polluelos y vuela ligera de la rama al nido, así saltó la vírgen al rugoso cuello del Monje, rodeándolo cariñosa con sus blanquísimos brazos.

« Padre, le dijo, ¿mi vida no es tuya...? ¿Mi corazon no es tuyo? ¿Para tí no me parió mi madre?.. mi cuerpo y mi espíritu te los doy con todo el amor de mi alma... »

El Monje cubrió con sus manos descarnadas y duras como el hierro, la cabeza de aquel ángel y la contempló un momento con ternura desgarradora.

Kena-Kena estaba encendida como la flor del granado : la inocencia habia sacudido las fibras de su corazon; y el pudor asomó misteriosamente á sus pálidas mejillas, como en las tardes serenas al caer el sol, se coloran de carmin las nubes ligerísimas y blancas.

Luego palideció : luego tuvo miedo : luego

parecia que la muerte iba derramando nieve en sus venas, y sin aliento por fin, cayó desmayada en los brazos del Monje blanco.

Dos gotas de fuego rodaron por sus mejillas : un beso infinito evocado del infierno del placer, unió aquellas dos almas en la eternidad de los condenados; y cuando Kena-Kena abrió los ojos, la mancha de sangre habia vuelto á colorar su pié derecho.

IV

Y Kena-Kena entró avergonzada en la santa ermita :

Y lloró toda la noche...

Y al despuntar la aurora, el Monje no dijo la misa.

Y al otro dia aun estaba arrodillada la niña delante de la Vírgen.

Y á la caida de la tarde no dijo la oracion del ángel.

Y la oscuridad vino envuelta en su gasa azul, tachonada de estrellas, y la luna parecia nublarse de pena, y el Ilimani estaba silencioso.

Ningun ruiseñor cantaba ; ningun buitre ale-

teaba; las culebras estaban como muertas en sus madrigueras, y el perfume se encerraba en el cáliz virginal de las flores, porque todas las del Ilimani eran hermanas de la triste Kena-Kena.

Y el Monje, sentado sobre la piedra negra del arroyo, tenia apoyada la cabeza sobre las manos; miraba correr las aguas, y en su desesperacion, su frente era del color de la tempestad y su mirada como la de la pantera.

La noche del tercer dia iba pasando, y Kena-Kena aun lloraba delante de la Vírgen: en su angustia la pidió amparo; la Vírgen María la abrió los brazos y la consoló para siempre...

El reló de la ermita dió la una de la noche; á esa hora, la pobre Kena-Kena cayó muerta al pié del altar...

V

Un gran ruido conmovió el monte; la gente del caserío despertó asustada y se asomó á las ventanas.

Entonces el Monje salió de su estupor; y como valiente espíritu, alzó la frente y tendió la torba vista por la tenebrosa montaña.

La noche era clara; el cielo estaba sereno; la brisa jugaba apaciblemente con las ramas de las flores.

Todo estaba tranquilo: y sin embargo, despues de aquel ruido extraordinario, un temor espantoso estremecia las entrañas del Monje.

A su lado como un relámpago pasó una mula blanca como la nieve; cien vueltas dió en un minuto al rededor de la montaña, y cien veces se volvió á repetir el tremendo ruido.

El Monje entonces corrió á la ermita: y al arrodillarse delante de la Vírgen, tropezó en la oscuridad con un cadáver.

« ¡ Maldita sea la hora en que nací ! » gritó como un condenado, al sentir aquel frio.

Y las puertas de la ermita se abrieron, y la mula rodeada de sombras, giró tres veces al rededor del altar.

El Monje estaba atónito, sin poder hacer oracion, ni entregarse á la penitencia.

En su espanto, con los cabellos erizados y los ojos inquietos, vistió las ropas sagradas; alumbró la lámpara, y quiso decir la misa, pero nadie entró ayudarla, y aguardando llegó la mañana.

Con su ropaje blanco hizo un sudario al cuerpo de Kena-Kena; luego salió á los montes, recogió la cera de las colmenas; con ella le modeló, con el jugo de las flores le dió color; con sus cabellos de oro le hizo trenzas; con sus ropas lo

vistió, sentándolo como si estuviera vivo, detrás del altar.

Y lo tendió en su lecho, coronado de azahares; y á su lado se puso á hacer oracion.

Aquel dia fué muy grande la oscuridad y cayeron las sombras, y sonó la una, y el espantoso ruido de la noche anterior, conmovió la montaña; las puertas de la ermita se abrieron y la mula, despues de cruzar el monte, dió tres vueltas al rededor de la Vírgen.

El Monje quiso decir la misa para auyentar el mal espíritu; pero tampoco, nadie entró á ayudarla; y aguardando salió el sol. A esa hora un viejo cargado de años, lleno de inquietud, llegó á la puerta de la ermita:

« Padre, le dijo: anoche á mi fragua, vino « un hombre con una caballería salvaje: hiér- « rame al momento este animal, que tiene que « correr hasta la eternidad. »

« Su voz y su cara me helaron la sangre: cojí el martillo y clavé cuatro clavos en cada pié de la mula y apénas dí el último golpe, cuando como poseida del demonio, rompió en veloz carrera. El hombre me dió estas ocho monedas

de oro, y fijándome sus ojos de color de sangre, se perdió en la oscuridad. »

El Monje arrojó las monedas á la pila del agua bendita, y volvió asustado la cabeza á Kena-Kena.

Las palmas de sus manos y las plantas de sus piés, estaban derramando sangre de las heridas que no podia cicatrizar la muerte.

El Monje, aterrorizado, sepultó el cuerpo al pié del sáuce, que estaba á la orilla del remanso, y con uno de sus huesos, hizo una flauta con la que de dia y de noche tocaba las melancolías de su alma, que eran tristes como los quejidos que dan las aves que transmigran pasando el mar.

Todos los dias sonaba la flauta hasta ponerse el sol; y á la una de la noche el mismo ruido atronaba la montaña : las puertas de la ermita se abrian, y el Monje se colocaba delante del altar, sin que nadie entrara nunca á ayudarle la misa, mientras la mula daba tres vueltas al rededor de la Vírgen, saliendo como un relámpago á perderse en las sombras.

Una noche, la tempestad estremecia los lími-

tes del horizonte; los árboles, sacudidos por el viento, llegaban al suelo con sus copas despedazadas; los torrentes preñados de agua se precipitaban desbordándose por las llanuras; las tribus salvajes se lanzaban fuera de sus madrigueras, temiendo la erupcion de los volcanes; parecía llegado el fin del mundo...

El Monje, sentado al lado de la figura de Kena-Kena, acababa de tocar sus *tristes*... se vestia las ropas sagradas, cuando el ruido del otro mundo sacudió los cimientos de la ermita...

Las luces se encendieron; la puerta se abrió, y un caballero español, Ruiz Perez Barroso Fernandez de la Joya, con su sombrero chambergo, su capa negra, sus espuelas de oro y su larga espada ceñida, se adelantó majestuosamente arrodillándose á los piés del Monje, que dijo la misa; y al acabarla, no se oyó el ruido; la flauta que estaba sobre la pila del agua bendita, saltó hecha pedazos; la figura de Kena-Kena se deshizo en humo; la mula entrando como relámpago, quedó convertida en polvo á los piés del Monje blanco, quien despues de echar la bendi-

cion, cayó muerto al lado del altar de la Vírgen María.

El caballero español, que era muy buen cristiano y muy valeroso, le rezó un padre-nuestro, apagó las luces, cerró las puertas de la ermita, y descendió tranquilamente del Ilimani.

Esta es la tradicion de la hermosa Kena-Kena que se volvió mula, porque le dió su cuerpo y su alma á un ermitaño que decia misa.

EL INDIO JAVI

EL INDIO JAVI

En la cadena de montañas cubiertas de nieve y de volcanes que forman la cordillera de los Andes, habia entre el hueco de una roca gigante, que dominaba la llanura inmensa, el hogar de un hombre, que mas que morada de un ser inteligente, parecia la cueva de un tigre salvaje.

Dos troncos de *ácana* servian de asientos, un monton de hojas secas y sobre ellas varias pieles de osos negros formaban el lecho : una alcuza de plata con tres mecheros; una ánfora con aguardiente; en un rincon varias ollas y vasos de vidrio; colgados de clavos de cobre dos ves-

4.

tidos de piel de toro : dos manoplas y un pasamontaña de malla de hierro, dos revolvers, una lanza corta, dos puñales anchos y cortantes, y en una hendidura, un cajon lleno de pepitas de oro, recogidas en las vertientes de los rios : hé aquí todo el ajuar de la vivienda del indio Javi.

A aquella morada no llegaba nadie : á su alrededor no crecian árboles; su agreste habitante habia buscado para pasar la vida, un terreno de pedernal sin flores y sin aromas, y donde solamente brotaba agua cristalina; lo demas allí no era necesario; y ni las nubes, ni los pájaros buscaban asiento en aquella cumbre escueta y árida, que las tribus llamaban *Pico del condenado*.

Aquella altura, era el nido del indio mas rudo que la acometida del toro, mas sombrío que la tempestad, fuerte como un cedro, vivo como una ardilla, bajo de cuerpo, fornido de hombros, recio de brazos y con manos de hierro.

Tenia lacios los cabellos, ancha y dilatada la frente, formando la casualidad dos grandes pro-

minencias sobre las cejas oscuras, que servian de arcos á dos ojos pardos y cubiertos siempre de melancólica tristeza.

Tenia larga la nariz y proporcionadamente aguileña; en toda su fisonomía se marcaba la decision, y el espíritu del alma derramaba una sombra de imperio sobre los pómulos y las quijadas enjutas, que formaban una pequeña hendidura en el remate de la barba, dándole tipo á la cara varonil, una gran boca brusca, cuyos dientes blancos y brillantes, asomaban á las sonrisas sarcásticas de aquella naturaleza indomable; habitante en la cresta de los Andes, sin necesidad del amor ni del ódio de los hombres, sin conocer leyes ni freno y sin mas creencia que la de Dios.

« Yo no estoy bajo las garras de la humanidad : las mias rinden la pantera negra, que es cien veces mejor que el hombre, » decia á los compradores de pieles cuando se lamentaban del aislamiento en que vivia.

Porque Javi era el gran cazador, el propietario de las mejores pieles, la admiracion de las tribus de *Chiquitos* y Carapuchas, y el mas valiente

de los hombres nacidos en la tierra peruviana, desde que Pacha kamak salió de las tinieblas á iluminar el mundo.

Así es que las tribus lo creian descendiente de Manco-capac, y heredero por su valor extraordinario y la sabiduría natural de su entendimiento, del trono de Atahualpa, destruido á filo de espada por los conquistadores españoles.

Javi mandaba en la gran cordillera : su voluntad era ley para todas las tribus. Sin embargo de vivir en soledad eterna y de pasar semanas enteras sin que á su oido llegara la voz humana. Su espíritu era extraordinario, y su fuerza corporal y valor salian de los límites trazados por la naturaleza ; el amor, el ódio y la ambicion le eran desconocidos.

Su vida era una lucha eterna con los tigres de las márgenes de los rios, ó con los osos negros en los espesos bosques. Estos animales feroces eran sus enemigos naturales ; y para su persecucion terrible, no le impulsaba ya el interés de la venta.

Javi hacia esta caza por pasion á la lucha : su placer era aquella guerra ; los temidos reyes

de la selva se estremecian delante del salvaje. ¿Quién espanta á quién? podia preguntarse al verlos comenzar la pelea.

Todos los dias á las tres de la tarde, Javi bajaba de su cueva á buscar al enemigo, que regularmente lo hallaba de noche: la oscuridad que entre las espesas selvas espantaba á los espíritus fuertes, era su delicia y su momento preferido.

Entonces, forrado de un doble vestido de piel de toro, desde la garganta á los tobillos, con su *pasa-montaña* acerado, por donde solo asomaban los ojos ardientes; con sus manoplas de malla, su cinto de eslabones de oro, de donde pendia su ancho y aguzado cuchillo, y atrás sus revolvers de Colt; empuñada la lanza, cuya lengua de acero de un metro de largo le llegaba al cuello, el indio montado en su caballo, seco, duro y ligero como el viento, indómito como el mas cerril de las selvas, se metia en el terreno de los tigres, como el cazador de Europa en el monte en busca de la banda de perdices.

Al entrar en el bosque, el viento le anunciaba el puesto de su enemigo: aquel espíritu

todo intuicion, tenia en el olfato una sensibilidad esquisita, y cuando no percibian las narices el olor caliente de la fiera, la oreja pegada en tierra, horas enteras, por la pisada adivinaba su camino y sabia si venia solo ó acompañado; mientras á su vez la fiera apenas el indio hollaba la espesura, cuando ya husmeaba la carne y dando saltos y rugidos, se dirigia á su encuentro ligera como una flecha.

Pero Javi la aguardaba ya, y nunca escogia el terreno breñoso para la pelea, jamas la abertura de las rocas, rara vez la orcajadura de los árboles, ni las garitas de madera que tenia en las encrucijadas para guarecerse en las noches de tempestad: acudir á la trampa, al lazo y al escondite, para aquel corazon valiente, era una cobardía: buscaba la acometida cara á cara y frente á frente: el indio no comprendia la traicion.

Nunca el enemigo le sorprendió por la espalda, porque conocia la táctica de su guerra; y antes de dar el tigre el salto, si venia solo, lo aguardaba la punta de su lanza, que al primer bote iba á hallarle el corazon; y si le acompa-

ñaba la madre y sus cachorros, su revolver y la ligereza de su caballo, que manejaba con sus piernas de hierro, eran su terrible defensa.

Su ojo seguro heria siempre en medio del cuerpo ó en la cabeza; y como escogia á su gusto la batalla en campo abierto, á veces antes que se le acercaran los tigres que lo atacaban, dos habian muerto de bala, y el resto, eran trabajo para la lanza ó el puñal del cazador extraordinario : hecha la matanza, desollaba las fieras, si las acometidas de otros tigres le daban lugar, y colocando las pieles sobre su caballo subia ó bajaba á su cueva tan taciturno y tranquilo como siempre.

En una de las noches del mes de diciembre del año de 1854, el indio preparado para su caza, subia la cordillera en su caballo blanco, que la gente de la sierra decia estaba *embrujado.*

El cielo estaba oscuro : el viento y los relámpagos anunciaban una de esas tempestades horribles que estremecen los Andes; tempestades en que la lluvia es tan copiosa que el agua que cae parece una muralla de cristal levantada entre el cielo y la tierra. Los relámpagos y los

truenos se repetian por segundos, y con aquel ruido atronador y profundo que solo se escucha en los climas americanos. La atmósfera misma presagiaba el fenómeno de la erupcion de los volcanes y de los temblores de tierra.

Pero el indio Javi á pesar de aquella cruel y tempestuosa noche, calado de agua, deslumbrado por la luz de los rayos, seguia subiendo la cordillera, como si viera el camino, en una de las noches serenas y apacibles del mes de mayo.

Mucho habia andado el caballo: dos leguas mas y ya estaba en el cazadero, y la caza de aquella noche esperaba el indio, fuera muy grande; porque la tempestad habia hecho bajar espantados á los tigres y á los osos de la cumbre de la sierra, y en terreno desconocido para ellos, Javi saboreaba su triunfo: y la certidumbre de una feliz lucha, y de una gran matanza.

Meditando en esto, sin hacer caso de la lluvia, ni de las corpulentas ramas de árboles que el viento desgajaba arrojándolas al camino, el indio llegaba al fin de su jornada soñoliento

y abstraido como si lo adormiera un poder magnético.

¿Era que algun espíritu de esos misteriosos que cruzan en las noches de tormenta y desolacion, para abrazar y conmover el mundo, se habia apoderado de él, encontrándolo tan osado en su camino? ¿Era que debia suceder en su tenebroso espíritu incrédulo y duro, uno de esos milagros que llenan los libros de los santos?

La mente no lo alcanza, pero el hecho fué extraordinario.

Los indios carapuchos lo cuentan llenos de admiracion y de miedo, á pesar de su valor salvaje y de su increencia indomable.

Javi estaba á media legua del cazadero; el rugido de los tigres espantados que buscaban sus cachorros perdidos en aquella tremenda noche, llegaba como una armonía deliciosa á sus oidos. Sus ojos estaban entreabiertos, el fuego de su cigarro lo habia apagado el agua que caia á torrentes.

En aquella oscuridad no habia lumbre, y no era posible encontrar pedazos secos, para en

dos segundos de frotacion, volver á encender el cigarro.

Siguiendo el camino, abstraido en el pensamiento de la nada, el indio fijó los ojos, y vió un poco mas adelante á un lado del camino, á pesar del gran viento y del agua que caia, cuatro luces encendidas, y frente de ellas, sentada y envuelta en un manto negro, la figura de una mujer.

El indio jamas la habia encontrado en aquella sierra, que por la noche era el espanto de los hombres, pero como él era capaz de dormir tranquilo en medio de la espesura, le pareció natural que otro cualquiera hiciera lo mismo; y como para sus ojos no habia humanidad, ni le importaban sus aspiraciones ni empresas, dijo para sus adentros : « *esta es una cazadora de serpientes ó de otros reptiles venenosos, de los que hay muchos por el mundo, y Dios le dé buena caza.* »

Iba á pasar por delante de ella, cuando se le ocurrió que la lumbre de su cigarro se le habia apagado y que podia encenderlo en las luces que servian á la cazadora de serpientes.

Y sin levantar los ojos á mirar la persona envuelta en el manto, se acercó al lugar donde se sentaba, y desde su caballo extendió el brazo, bajó la mano y acercaba el tabaco á la luz, que se movia sin descanso, azotada por el viento, cuando el caballo relinchó brabío, alzó las orejas, tembló y levantándose sobre las patas de atrás, se echó en medio del camino.

« *El tigre,* » murmuró *el indio,* abriendo los ojos, llevándose el tabaco á la boca, empuñando la lanza y preparándose para el combate.

Un momento aguardó en vano; el enemigo no saltaba de ningun lado : el caballo no habia dejado de temblar y sus orejas estaban tiesas, removiéndose como si un espanto terrible lo dominara.

El indio, que conocia á su compañero, se estremeció sin saber por qué.

« *Adelante, caballo,* » le dijo, clavando en sus hijares el acicate de hierro.

El animal volvió á adelantarse; el indio acercándose de nuevo á una de las cuatro luces iba á encender su cigarro, cuando la mujer en-

vuelta en el negro manto, le dijo lúgubremente : « *Indio Javi, no enciendas aquí.* »

El caballo volvió á relinchar, espantado; haciendo corbetas, se levantó sobre las patas de atrás, y saltó como un condenado al otro lado del camino.

El indio lo apretó entre sus piernas, le clavó los acicates, lo metió entre las cuatro luces, y echando maldiciente una sonrisa sarcástica, estiró el brazo y llegó con su cigarro á tocar la luz que descansaba en el hueco de una calavera.

« *Indio Javi has hallado la muerte,* » — le dijo con voz sepulcral la mujer enlutada, agarrándole la muñeca.

El indio á la presion tan estemporánea y violenta, clavó de nuevo los acicates al caballo, y quiso retirar el membrudo brazo de aquella prision, con toda la pujanza de su cuerpo; pero al fuerte empuje se desenvolvió de su manto la misteriosa figura, y el indio cayó del caballo entre las cuatro luces, incorporándose al momento con valiente energía.

Mas al alzar los ojos, se encontró agarrado

el puño, por un esqueleto amarillo como la cera vírgen, que lúgubremente le dijo mirándole con espanto y amargura :

« *Indio Javi, profanaste la luz de los muertos; has hallado la muerte.* »

El indio forcejeando, sin poder libertar el brazo de aquella mano de hierro, se arrojó con toda su fuerza sobre la osamenta, estrechándola con feroz violencia para hacerla saltar en pedazos.

Pero los huesos rechinaban : las costillas se unian á la espina dorsal; la calavera se hacia una pelota con los omeros, los femures, las tibias y las puntas agudas de los huesillos de los piés : el indio ni podia deshacer aquella osamenta fria como el hielo, ni arrancarse de su garra, que como una argolla de fuego, le quemaba la muñeca del brazo izquierdo.

« *Indio Javi, por no respetar la luz de los muertos has hallado la muerte*, » volvió á repetirle, con voz lúgubre y profunda.

El indio, cubierto de sudor y sin fuerzas, dejó de apretar el monton de huesos y cayó sin sentido sobre la tierra... « *Dios mio ampá-*

ramo! » dijo al caer... y entonces la muerte desapareció.

El caballo á carrera tendida, arrancó por la sierra abajo, y entre torrentes de agua, dando rujidos espantosos, una horda de tigres se lanzó sobre el indio.

Javi habia vuelto de su desmayo : tres veces se oyó el estampido del revolver, y tres tigres habian caido á sus piés.

Pero como la tempestad habia ahuyentado las fieras de las cumbres, éstas, reunidas á las entradas de la sierra madre, á los rugidos de los moribundos, acudieron al lugar del combate.

El indio empuñó otro revolver; la batalla estaba abierta.

Media hora, desmontado entre arena, se defendió valerosamente; de tres tigres que lo acometieron, saliéndole por diferentes lugares de la espesura del monte.

Dos cayeron heridos : el tercero, dando tremendos saltos, se le echó, sobre las espaldas le clavó las garras, y arrastrándolas de arriba abajo, le abrió ocho heridas mortales, hacién-

dole presa, con sus dientes, grandes viejos y nadando en babas espumosas, al cuello, cubierto por la malla de hierro.

El indio moribundo ya volvió sobre su contrario, y le clavó, como á sus compañeros, el puñal en el corazon.

Pero la lucha habia sido grande : las heridas recibidas profundas; la sangre que perdia copiosa; el agua cayendo á torrentes; la tempestad se desencadenaba cada vez mas; Javi no veia su caballo blanco, y la fatiga y el desaliento pudieron al fin con aquel espíritu extraordinario; y cayó entre los tigres, que, como él moribundos, exhalaban ahullidos espantosos.

La noche horrenda se acabó por fin : por la mañana al pasar la selvosa cordillera, una tribu guerrera de quichicas se encontró muerto entre seis tigres negros al indio Javi.

En sus pieles envolvieron el cadáver; en hombros lo llevaron al pié de su cueva y lo enterraron á su entrada, haciendo con los dientes de las fieras una cruz sobre la losa de su sepulcro, y aun existe en la cumbre del Con-

denado, donde la gente india ha esculpido esta inscripcion :

Al indio Javi lo mató el tigre por no haber respetado la luz de los muertos.

STERRIPA

STERRIPA

I

La noche era muy clara, parecia el cielo un escudo de zafiro tachonado de brillantes, y entre un cerco de nubes bordadas de oro, la luna como un globo de nieve derramaba sobre la tierra su transparencia melancólica que penetraba misteriosa por los cristales de las ventanas del convento de San Francisco en la ciudad de Quito.

El viento era suave, apénas removia las hojas de los árboles; las aguas de los rios corrian tranquilas sin rizar sus ondas de cristal, y los

pájaros dormidos abrigaban las cabezas bajo sus ligerísimas alas.

La noche era americana; una de esas noches profundas de sentimiento; profundas de hermosura; profundas de grandeza; en que el Señor Dios habla á gritos á la conciencia del hombre, y le dice con amorosa voz, que retumba llena de ternura por todo el ámbito de la tierra: « *Esta es tambien obra bendita de mis manos.* »

En esas noches de magestad y de maravillas, ¿quién no cree al alzar los ojos al cielo?...

¿Quien que ha leido á Séneca, no sublima el corazon, buscando la verdad entre la dulcedumbre y concierto de los astros?

¿Y quién deja de buscar el camino derecho en el Génesis, en Moisés, en Salomon, en el Eclesiastes, y en la vida de Jesucristo, escrita por san Mateo y san Juan, sus contemporáneos y discípulos?

Y á la luz de sus doctrinas, tan resplandecientes como el brillo de las estrellas, ¿quién no abrirá los ojos á la vida eterna?...

Los que no conciben cómo dure el alma sin el cuerpo, pregúntenselo á esas noches serenas

que excitan la conciencia al temor y al arrepentimiento...

Y esas noches serenas responderán diciendo: «*Nosotras como tú, somos obras de Dios, y viéndonos con los ojos del cuerpo, mas claros que los del entendimiento, ¿nos comprendes acaso?..* »

¿Y cómo podrá adivinar la humana especie la razon de su existencia y cuál es la de su eternidad, que sin duda debe comenzar á la hora de la muerte del hombre?...

¡Ay! ¿quién puede decírselo á la ignorancia de la criatura?...

¡Solo Dios, que habla á toda la creacion en medio de la noche serena!!! ¡Solo Dios, que se lo enseña á la razon, que no me deja arrojar al aire, el polvo vano de esta deleznable materia!.. á la razon, que no sabe por qué, ni cuándo nace el hombre; y por qué, ni cuándo muere tampoco; ni el lugar en que reside el alma; ni por dónde hace su camino, de esta naturaleza á la otra misteriosa é impenetrable...

A la razon que sin ver ni oir concibe y siente la felicidad bienhechora de la muerte...

A la razon que á todas horas bendice á Dios, y lo halla por donde quiera que vuelve sus ojos cansados y afligidos...

¡ Ay! en una de esas noches que hablan á la razon y al sentimiento del cristiano, en que todas las estrellas parecian sonreir mirando curiosas la superficie de la tierra y las obras llenas de pretension de los mortales; en el convento de San Francisco de Quito, la voz del órgano se perdia en las altas bóvedas; acabando la comunidad de celebrar honras por el alma de Sterripa, la señora caritativa, consuelo de los afligidos, esposa leal y tierna del noble conde D. Nuño, y madre de dos lindísimas niñas.

Los ruegos se habian concluido, y en la iglesia ya no quedaban fieles.

Cuatro grandes candelabros, con luces encendidas, alumbraban el tumulto, mientras al resto del convento estaba osuro.

Sterripa durante su vida habia hecho riquísimos dones á la órden de San Francisco; por mano de los legos repartia la mitad de sus rentas para socorro de los afligidos; y por eso

su muerte era una desgracia para la comunidad: y con este motivo, los frailes, llenos de pesadumbre, mientras el cadáver estaba depositado en la iglesia, habian convenido velarlo haciendo oracion hasta la hora del entierro.

El silencio era sepulcral; la muerta estaba vestida de blanco; la corona de rosas sobre las sienes y envuelta en su velo de desposada.

El conde D. Nuño habia querido que Sterripa al bajar al sepulcro, llevase el mismo trage y la misma guirnalda, con que la vió radiante de hermosura llegar á descorrer las cortinas de su lecho nupcial.

El desconsolado caballero habia mojado con lágrimas de angustiado dolor, la noble y pálida frente de la mitad de su alma...

Y sobre el corazon, le habia colocado al decirle el eterno adios, un ramo de azucenas, símbolo purísimo de sus pensamientos.

Los inocentes hijos de la buena esposa, con sus manitas cariñosas, creyéndola dormida habian arrojado ramos de jazmimes sobre el vestido blanco de su dulcísima madre.

II

El gallo, con su voz estridente, rompió el silencio de la noche tranquila; poco segundos despues el reloj del convento dió las doce, mezclando el lúgubre son, con su cántico altanero.

¿Por qué mientras la naturaleza se entrega al descanso, con tan perenne vigilancia, marca esta ave, tan seguramente las horas?...

¿Es que indica á los espíritus el tiempo y el camino para salir de las tumbas, á hacer su peregrinacion?...

¿Es que anuncia á las tinieblas, los momentos de la lúgubre vida?...

¿Es que algun misterio, la relaciona con los seres desconocidos, que forman el mundo invisible en medio de la oscuridad?...

¿Por qué en todos los paises, y en todas las estaciones, y con horas expresas estas aves rompen la quietud sepulcral de la noche serena?...

¿Quién puede explicar la causa de esta costumbre, que existe desde la creacion, sin que nadie haya dado con la razon de su orígen?

El gallo fué la señal con que Jesucristo marcó á san Pedro el momento de su poquedad de ánimo: *Antes que cante tres veces, me habrás negado*. Y así sucedió.

Sea lo que quiera, el gallo habia cantado, y el reloj daba las doce de la noche, cuando en el convento de San Francisco todo volvia á su habitual silencio.

Pero al lado del cádaver de Sterripa dos frailes hacian oracion: un momento detuvieron el ruego, y estremecidos á un tiempo se miraron consternados...

— ¿Qué mira, hermano lego? — le preguntó el mas anciano, cuya barba como la nieve caia

sobre el pecho, en encrespadas ondas de sutiles y brillantes hebras de plata.

— Padre guardian, me parece que la muerta ha dado un suspiro.

— Hermano lego, siga su oracion, y no tenga esos delirios : los muertos no resucitan : solo Nuestro Señor Jesucristo levantó á Lázaro de la tumba; los demas dormirán inmóviles hasta el dia del eterno juicio.

— Padre guardian, eso es verdad ; pero me parece haber oido otro suspiro.

— Hermano lego, rece y sea buen cristiano y venere los juicios del Señor...

III

Mientras estaban en este diálogo los venerables, el gallo cantó de nuevo : y parecia que la luna se habia escondido entre un monton de nubes, para sorprender la oscuridad de la iglesia, metiendo su rayo por las grandes ojivas de la nave mayor, y bañando con su tibia claridad el rostro de Sterripa.

— Padre guardian, — gritó entonces el lego con los cabellos erizados y retirándose algunos pasos — padre guardian, la muerta ha movido los lábios.

— Hermano lego, no sea impío; los muertos no respiran, ni menean los lábios : hace veinte

y cuatro horas que ese cuerpo está depositado en el convento : antes de traerlo aquí, los médicos le han examinado, le han aplicado planchas de fuego á las manos y los piés ; el hielo de sus carnes, la rigidez de sus miembros, esos ojos entreabiertos, ese color lívido, esas facciones desencajadas, esa boca espumosa, ¿no le parecen al hermano pruebas suficientes de su muerte?... No sea temerario y haga oracion sin estar distraido, por el alma de esa señora, que en vida fué muy buena cristiana y muy caritativa.

El hermano lego volvió á empuñar su rosario, y habia rezado tres dieces, fijos los ojos sobre el cadáver, sin pestañar, cuando volvió á gritar lleno de asombro :

— Padre guardian, la muerta abre los ojos... La muerta me mira... padre guardian : ¡Dios nos asista !...

IV

El anciano se puso de pié, y bendiciendo el cadáver, fijó en él atentamente sus miradas.

Sterripa dió un profundo suspiro : revolvió á todos lados los ojos, y se sentó en la caja mortuoria, como si despertara de un gran letargo; pero apénas se habia incorporado, cuando sin fuerzas cayó de nuevo sobre la almohada.

El lego temblaba, y con los ojos desencajados, en una mano el rosario y en la otra el hisopo, la rociaba de agua bendita, echándole exorcismos.

El guardian sereno y grave, con el valor de

la religion y del profundo saber, se acercó y le puso la mano sobre el corazon : apénas se distinguian sus palpitaciones, porque la sangre casi no circulaba.

Como iluminado por una luz sobrenatural, la sentó en el atahud, y entonces dió un suspiro, que parecia no poderle salir del cuello :

— Hermano, — le dijo al lego, — no tiemble ; acerque esa luz, y sostenga la cabeza á la muerta.

Y abriéndole la boca, que tenia duramente cerrada, par la violenta congestion, le metió los dedos, llegando con gran esfuerzo á la tráquia ; de allí, con dificultad, le arrancó una masa de materias extrañas, que ahogaban el cuerpo, dejando imperceptible pasaje, al aire que sostenia aquel resto de existencia, á pesar de la gran debilidad que iba ya á poner término á la vida.

Sterripa no estaba muerta, é iba á ser enterrada viva al despuntar la mañana.

Y apénas el guardian arrancó de la tráquia el cuerpo que la ahogaba, la muerta respiró libre-

mente, volvió en sí, abrió los ojos y comenzó á gritar como una loca, hecha un mar de lágrimas.

— No llore, hermana, — le decia el lego repuesto de su terrible espanto; — no llore, que mañana ya no la entierran.

Sterripa, como si despertara de un horrible sueño, miró atentamente las luces que la rodeaban, á la bóveda de la iglesia, movió las manos y los piés hechos llagas; se desarropó de su manto blanco, tocó la corona colocaba sobre sus sienes y saltando de la caja se arrodilló con fervorosa humildad al pié del altar de la Vírgen, y pocos momentos despues, cayó desmayada en los brazos del padre guardian.

— Volvió á morirse, — gritaba el lego llamando á la comunidad que vino espantada.

Pero Sterripa habia vuelto de su letargo : el frio del parasismo lo habia sustituido una fiebre violenta : silenciosa, paseaba los ojos llena de sobresalto temiendo ser encerrada de nuevo en la fatal caja : y queriendo salvarse, principió á

correr por las naves de la iglesia, saliendo al fin como una flecha por la puerta, seguida del guardian, que con trémulo paso y voz conmovida la llamaba, y de los hermanos legos que no podian darle alcance.

V

Así atravesó las calles de la ciudad: y al dar las dos de la noche, cantando nuevamente el gallo, llegó á su casa.

Con mano firme empuñó la aldaba de hierro, y dió tres golpes rápidos y violentos: y como si hubiera asaltado su mente un pensamiento extraordinario, al levantar de nuevo la aldaba, se detuvo pensativa: y cruzando los brazos sobre el pecho, se sentó en el umbral de la puerta.

¿Es que la triste madre pensaba que su inatendida presencia podia herir mortalmente el corazon de su esposo y de sus hijos?..

Sola estaba; devorada por la fiebre, y apoyada en las piedras del muro.

La luna bañaba su magestuosa y pálida figura : sus grandes ojos negros y vidriados, por el miedo y la calentura, se abrian bajo el arco extendido de sus negrísimas cejas; en oracion por la vida de sus hijos, movia la delicada boca, que levantaba los extremos finísimos de sus lábios, derramando en medio del temor que la dominaba aun, la sonrisa apacible del alma, celestial misterio de virtud y de pureza, que dá á las criaturas una conciencia limpia y serena, y un corazon caritativo y justo.

Despues de aguardar algunos minutos, empuñó de nuevo la aldaba, y dió pausadamente otros tres golpes.

El conde Nuño, rendido de la pena y de los largos dias de la enfermedad de Sterripa, á quien habia asistido hasta su muerte, dominado por la fiebre y el cansancio, no habia oido los golpes.

Su tierna hija, Angela, que era linda como un ramito de mirtos, y que en su horfandad, el desconsolado padre habia colocado con su otra

hermana, al lado de su cama, abrió los ojos asustada al segundo toque, y llamando al conde le dijo :

— Padre, tengo frio ; he soñado que nuestra madre venia del cementerio á cubrirnos con el paño blanco que le pusiste ayer para enterrarla : padre, han llamado á la puerta y esa es nuestra madre.

Y las dos niñas saltaron de sus camas y se metieron presurosas bajo la cobertura del lecho de su padre, transidas de frio, asomando luego sus cabecitas llenas de curiosidad.

El conde se estremeció á las palabras de su hija : entonces se volvieron á oir tres golpes en la puerta, que pausadamente vibraron con eco profundo en las telas del corazon desgarrado del conde Nuño, que se sentó en el lecho, creyendo aquel ruido delirio de su mente afligida.

Pero apénas se habia incorporado, cuando otros tres golpes volvieron á turbar el silencio del antiguo palacio.

¡Vírgen Santísima! — exclamó el conde arrojando al suelo las coberturas de la cama : —

« hijas de mi corazon, es vuestra madre que viene á buscarnos desde el sepulcro: vamos á abrirle. »

Las niñas, temblando, seguian á su padre, mientras que por misterio extraordinario, la vigilante servidumbre sumida en el sueño, no habia oido la aldaba en las cuatro veces que llamó Sterripa.

VI

Dieron las tres; el gallo cantó nuevamente; las niñas hicieron la señal de la cruz; el conde descorrió con temblorosa mano el cerrojo y abrió de par en par las puertas del palacio.

El rayo de la luna entró primero, luego Sterripa, débil, moribunda, y sin poder desplegar los lábios, se echó en los brazos de su marido, quien espantado cayó sin sentido por tierra.

Las niñas rompieron en frenéticos gritos; la servidumbre de palacio entonces se levantó asustada; pero cuando llegaron á la puerta de la calle, ya el guardian del convento de San Francisco y los dos legos levantaban del frio mármol

á los esposos, llevándolos caritativamente á su lecho nupcial.

Una hora despues, Sterripa recobró el conocimiento: el agua y el alimento restauraron la extrema debilidad de tres dias de hambre y de sed devoradora, enmedio de la parálisis que habia enfriado y terranizado su cuerpo.

Cuando el conde D. Nuño volvió en sí, al abrir los ojos, se encontró con los ojos negros de Sterripa, que inundados de amorosa ternura lo bendecian.

Despues de este suceso, Sterripa vivió treinta años; fué heredera de un ilustre nombre y de una fortuna inmensa.

Y porque era una gran cristiana, habia hecho mucho bien á los pobres y al altar de la Vírgen de San Francisco, Dios la arrancó de la noche del sepulcro, y la salvó del martirio de ser enterrada viva.

EL CACIQUE DE CIBAO

EL CACIQUE DE CIBAO

I

¡Qué hermosa se levanta la luz! ¡Qué misterioso tiende el crepúsculo su color de oro sobre las nubes agrupadas en el confin del firmamento!

Los ruiseñores anuncian el dia; las flores embalsaman el aire; ¡todo sonrie, todo! ¿y yo?... ¡bendito sea Dios que rompe la tenebrosa oscuridad de la noche y tiende de polo á polo el calor vivificante del sol!

Así rompiera su piedad omnipotente las du-

das de mi espíritu y la melancolía insondable donde mueren, sin abrirse las flores de mi esperanza.

Son las cinco... desde el balcon puedo contar las hojas de los árboles: me abate el aburrimiento; siento una inquietud inexplicable: nadie piensa á mi lado: duerme aun cuanto me rodea. Les pájaros del jardin son mis únicos compañeros, y los saludo con mi pena...

Si estos inocentes animalitos comprendieran los dolores del corazon del hombre, partiria con ellos este desconsuelo sin orígen; pero que es el fondo de toda mi vida; este desconsuelo que no tiene lágrimas, que es inflexible; que no me deja nunca, y que á veces creo, se reconcentra en mi pecho; y lo toco, y cruzo los brazos, y lo aprieto, y me parece sentirlo ahogándome el corazon.

Con él, estoy mirando tres árboles corpulentos que casi tocan á mi cabeza con sus ramas cubiertas de racimos de flores. El vulgo los llama árboles del amor.

La primavera los viste de color de rosa. ¡Dichosos árboles! — ¿Cuántos dias durará vues-

tra gloria? ¿Cuántos minutos esas guirnaldas ligeras, que son la envidia de mis ojos?

¡Ah!.. pronto caereis marchitas por el hielo de la noche y por el calor del estío; — pronto os arrastrará el viento de la muerte, — ireis rodando sin amparo al panteon de las ilusiones; á sumergiros como todas las ideas del hombre en la tumba insaciable de la materia: en ese necrópolo de ceniza, de oscuridad y de frio, donde se entierra para siempre todo lo que pasó, aguardando sin inquietud el presente y el porvenir.

Esa sola es la verdad de la vida; por eso mi alma se nutre en su recuerdo. ¡Tristísima noche del sepulcro! en tu reino se acaba la hipocresía, la falsedad, el engaño, el interés y la envidia; tú eres lo único grande y solemne...

¡Vosotros me lo estais diciendo á gritos, árboles del amor! no dejeis caer las flores para convencerme; ¡todo debe morir! cuando el sol comienza á levantar su cabeza, estais cubiertos de esas guirnaldas, sarcasmo de la vida; cuando la decline en el horizonte, ¿qué será de ellas?...

¡Comprendo vuestro lenguaje, no quiero me-

ditar en la existencia mirando vuestras ramas color de rosa!

Si pudiérais responderme os preguntaria: —¿la tierra á donde enclavais vuestras nudosas raices, se acuerda de los tiempos que pasaron?

Hace medio siglo que vivís llenos de juventud, y que os sembró amorosamente la mano del hombre; pero han pasado trescientos sesenta y dos años, y frente de vosotros, un poco mas allá, en la parte mas elevada del jardin que embalsamais con vuestro perfume, plantó la princesa Elenna Aldobrandi da Rimini, esos dos cipreses gigantescos, que con sus verdes y funerarias ramas, en invierno y verano, llenan de luto y desconsuelo las fuentes y las estátuas que los rodean.

No hay historia escrita, ni queda tradicion, ni nada de este suceso.

La impía mano del tiempo lo ha destruido todo; pero en el centro de los dos cipreses, al pié de sus viejos troncos, bajo sus anchas copas, hay un grupo de Hércules matando el leon, y escondida en su base una piedra de mármol negro toscamente grabada. En sus ángulos se

vé casi imperceptiblemente esta inscripcion :

« Aquí murió el hermano del rey de Cibao : cualquiera que seas, derrama una lágrima á su memoria y ruega á Dios por él, que fué bueno, misericordioso y muy desgraciado. »

Muchas veces he leido con tristeza esa escritura, que es un poema de dolor.

II

El año de 1497 era el jardin que ahora contemplo extasiado con sus recuerdos, el alcázar del príncipe Cárlos Felice, esposo de Elenna Aldobrandi da Rimini, descendiente de casa muy ilustre y soberana.

Semejante en un todo al alcázar de los Reyes Católicos, era la admiracion de aquellos tiempos, por el lujo de su arquitectura árabe, de sus riquísimos muebles y tapicerías, y sobre todo, por los deliciosos parques, bosques y jardines que lo rodeaban, encerrados bajo la potente defensa de sus extendidas murallas, que circuian mas de media legua de terreno con tan abun-

doso riego, que asombraban los ojos al salir de los arenales de Madrid, viendo aquel paraiso de delicias, donde habian reunido los príncipes da Rimini cuantas preciosidades pudieron adquirir de los siglos pasados.

Protegidos de los reyes y muy respetados, vivian los dos esposos en compañía de sus tiernos hijitos, que eran la delicia de su vida.

El príncipe Cárlos Felice no era hermoso: tenia cuarenta y tres años, un corazon recto, una piedad sin límites, silencioso, dulce en su trato, buen padre, mejor esposo y leal amigo; tenia reconcentrada su felicidad en el alcázar, donde todo el año habitaban Elenna y sus hijos.

Elenna habia cumplido veinte y seis años; era alta, envuelta en carnes; su tez revelaba el orígen italiano de sus mayores; sus ojos eran negros, pequeños y penetrantes; su nariz aguileña; su boca graciosa, donde asomaban continuamente los blanquísimos dientes: su frente espaciosa y levantada; sus cabellos castaños; sus hombros torneados, breve la cintura, graciosa, esbelta, bien formada y con unas manos y piés, obras maestras de perfeccion.

Elenna era el tipo ideal de la belleza : melancólica en el fondo del alma, sonreia siempre : trivial al parecer, meditaba profundamente en todas las cosas : cándida como una niña de siete años, sus pensamientos eran severos como los de la vejez.

Hacia resaltar su hermosura con las caprichosas modas de su época; y las sartas de zafiros, los hilos de perlas, las esmeraldas redondas y los collares de carbunclos, al parecer enloquecian aquella naturaleza de ángel que se presentaba siempre deslumbrante y seductora, arrastrando en pos de sí los genios de la córte y á los mas galantes y entendidos caballeros.

El príncipe Cárlos Felice veia á Elenna rodeada de sus ciegos adoradores : y conociendo á fondo la severa virtud de aquella mujer tan noble, de aquella alma tan sublime y grande, sin celos en el corazon, la abandonaba á los delirios de su vanidad infantil.

Y la buena esposa y la madre tierna regresaba de sus noches de triunfos, en el alcázar de los reyes y en los palacios de los caballeros de Castilla, á su hogar doméstico; y subia con-

tenta y llena de paz al lecho nupcial, inmaculado, como el nido de las tórtolas del monte; y el calor de sus hijos, las caricias de aquel esposo tan bueno, eran el encanto de su vida.

Elenna recostaba su cabeza y dormia, llena de inocencia, sonriendo en sus triunfos; y sus labios entonces pronunciaban el nombre para ella santo de su tierno esposo, quien muchas veces, enternecido, besó su frente, bendiciéndola con toda la ternura del corazon.

En esa paz y alegría vivieron los príncipes seis años, rodeados de sus hijos y de todos los placeres de la riqueza y de la tranquilidad del ánimo.

III

Cárlos Felice era íntimo amigo de Cristóbal Colon; de aquel genio extraordinario que acababa de descubrir el Nuevo Mundo; á quien doña Isabel I habia hecho almirante y virey de las Indias.

Apénas llegó el célebre marino de su segundo viaje, cuando en Cádiz recibió la visita del príncipe Cárlos Felice.

Colon debia muy grandes favores á este cumplido caballero; y necesitando volver á las islas americanas, como una especial muestra de cariño y de confianza, dejó á su cuidado, teniéndolo en mucha estima, á uno de los indios que

habia traido de Haiti, y que por su dignidad y orígen era acreedor á gran respeto, á pesar de considerarlo como una adquisicion de su descubrimiento y conquista, y casi como á un esclavo.

El hombre que entregaba el famoso marino al príncipe su amigo, era hermano del valiente Caonabo, cacique de Haiti.

— « Guárdame, le dijo, este descendiente del rey de Cibao: enséñalo á amar á Dios, y que tu mano endulce las horas de su vida. »

El indio alzó los ojos y tomó cariñosamente las manos del caballero: estrechó luego á Colon entre sus brazos, muy desconsolado por no poderlo seguir en el viaje que emprendia de nuevo.

Pocos dias despues, el príncipe Cárlos Felice dejó la córte, llevando á su alcázar de Madrid al hermano de Caonabo.

Las gentes de la villa fijaban los ojos en el salvaje, que era alto, bien formado, trigueño de color, cubierto desde la cintura á la rodilla por una red hermosísima de plumas de todos matices, que adornaba la cabeza con un penacho muy espléndido, y que llevaba en el cuello una

cadena maciza de oro que pesaba seiscientos castellenos. Melancólico siempre, sin sonreir nunca, severo, taciturno, aunque vivo en la expresion, de tal manera, que sin entreabrir la boca, expresaba su cara cuanto pensaba la cabeza y sentia el corazon.

Acompañado del príncipe, entró en el alcázar el taciturno Caonabo.

La princesa Elenna, rodeada de sus hijos, bajó á la sala de armas á recibir al salvaje. Cuando se presentó, los niños, temerosos, se ocultaron en los pliegues del vestido de su madre, asomando tímidamente sus cabecitas angelicales.

Elenna, curiosa, fijó los ojos en el indio, que la miró doblando ante su hermosa majestad ambas rodillas, tocando con la cabeza sus piés, en señal de profunda admiracion y reverencia.

La princesa, al ver aquel hombre, sintió desaliento en el corazon, y tendiendo sus manos al desgraciado, lo levantó de la tierra.

— « En este alcázar, hasta que vuelva tu amigo el almirante, haremos felices las horas de tu vida, » le dijeron ambos príncipes.

El indio tenia aun entre sus manos las de la princesa : por un momento se nubló su semblante : levantó luego los ojos; dió un suspiro, señalando con melancolía el occidente, bajó la cabeza y rodaron dos lágrimas de sus ojos.

Elenna y sus hijos sintieron la pesadumbre de aquel hombre, y dejaron tambien correr sus lágrimas.

Junto al parque, orillas del alcázar, habia un pabellon bañado del sol, rodeado de jazmines y de plantas olorosas. Un poco mas allá, un círculo de corpulentas encinas, álamos negros y pinos seculares; y allí dieron hospitalidad los príncipes al indio del Nuevo Mundo.

— « Aquí vivirás contento, le dijo Cárlos Felice, porque te rodean todas las comodidades de la civilizacion. »

El indio besó la mano al caballero, y se sentó en un rincon del hospitalario albergue.

IV

Cayó la noche, y el indio ya habia abandonado el calor de su morada, para tender de un árbol á otro su lijera hamaca á la claridad de la luna, y al aire libre se quedó dormido; y fué desde aquella hora aquel su lecho, aquel su hogar, y aquel todo su universo.

Y los príncipes amaban á Caonabo, porque era dulce y bueno : en su melancolía, habia una sublimidad divina.

Vivia el salvaje reconcentrado en su bosquecillo de árboles; ni de noche ni de dia pisaron sus piés el límite de las murallas del alcázar : sus ojos no conocieron de la córte mas que las

flores del jardin y el espeso bosque de Aldobrandi da Rimini.

Pasaron los meses, y Colon no volvió de las islas. La tristeza aumentó la hipocondría del salvaje, que ya hablaba la lengua de España, comprendiéndolo todo con una sutileza y discrecion admirable.

Su alimento era frugal : se componia de yerbas cocidas y de raices asadas.

No probaba nunca bebidas espirituosas : dormia poco.

En invierno y en verano su hamaca estaba tendida á la intemperie; cuando el frio era grande, echaba sobre ella una piel de oso blanco, regalo de los reyes católicos : aquel era todo el calor de su lecho : y sin embargo de ser las islas donde habia nacido, bañadas del sol y tan abrasadas por el clima de los trópicos, el indio era de una resistencia imponderable para las estaciones y para el dolor mismo, que apénas se pintaba en las arrugas de su frente.

Entraba pocas veces en el alcázar : el príncipe Cárlos iba al bosque á saludarlo diariamente : los niños de Elenna lo adoraban : el

salvaje solo con ellos era cariñoso y dulce.

Elenna casi nunca le hablaba, pocas veces fijaba en él sus ojos; pero Elenna hacia un año estaba taciturna : el salvaje delante de ella palidecia, reconcentraba todos sus pensamientos, y al ver cruzar á Elenna, se le llenaban los ojos de lágrimas : si ella se sentaba al lado de la fuente, el indio, con la mirada del águila, la seguia : y con la ternura del alma, que devora todos los martirios de la vida, la contemplaba sereno y meditabundo, y Elenna no movia sus ojos temerosos; ¡qué lucha tan terrible!

Aquella noble mujer no coronaba ya su cabeza de flores; no llamaba con sus ardientes ojos á la turba de sus entusiastas adoradores, no rodeaba su cuello de zafiros ni de perlas.

Estaba silenciosa : sus labios sonreian con pesar : habia palidecido su semblante; en su corazon habia desasosiego : su frente se abrasaba : sus ojos los enrojecia el ardor del entendimiento, y sus manos estaban como hielo : Elenna no dormia : no era dichosa : las alas del corazon se las habia hecho pedazos el ángel del desconsuelo. ¡Pobre Elenna!...

El indio, reservado y sombrío, parecia atormentado por un horrible pensamiento : de su corazon no se escapaba ni un suspiro, nunca levantaba la frente : el sol no salia para aquel hombre infeliz : las flores en vano brotaban : la luz de la luna, el color de sus estrellas, el cielo azul y el cántico melancólico del ruiseñor, no consolaban su alma desesperada y tenebrosa que se habia plegado, aburrida, sin consuelo y sin esperanza.

—¿Qué tenia Caonabo? ¿Eran los recuerdos de la pátria? ¿Era la argolla de la esclavitud que le ahogaba? ¿Estaba enfermo? ¿Qué dolor contraia el corazon de la princesa Elenna?...

La madre dijo un dia á los tiernos niños : — «No vayais al bosque de Caonabo : que el indio no vuelva á besar vuestras frentes : » los niños rompieron en sollozos, y en muchas semanas no pusieron el pié en el bosquecillo del cacique.

El salvaje, con la sagacidad del americano, comprendió su ausencia y dobló la cabeza : de flores amarillas hizo una corona y la colgó del árbol, é cuyo pié iban á jugar aquellos ángeles

hermosos. Y con su flecha grabó en el centro una azucena, un corazon y una débil rama, rota por el aire.

Elenna pasó por delante del árbol, fijó en él sus ojos y sintió la pena en sus entrañas.

El indio estaba sentado sobre una piedra, esperándola sin sosiego : la palidez cubria su semblante, y se veian en sus mejillas los surcos de las ardientes lágrimas.

La pobre Elenna queria alejarse de la vista de aquel infeliz, y tambien corrió el llanto de sus ojos, pero la mano del destino la arrastraba á su pesar.

V

En muchos dias no volvió al bosque, pero mandó á sus hijos, devorada su alma de compasion. El indio, al verlos, los coronó de jazmines y azucenas, estrechándolos contra su corazon : subió á las copas altísimas de los pinos, y sorprendió á las tórtolas en sus nidos, les robó los cándidos polluelos y se los dió á los felices niños, que, llenos de alegría, se los ofrecieron á su triste madre.

Elenna se enterneció al ver las avecillas, y no pudo resistir el dolor. — « ¡ Dios mio, dijo, dadme aliento para luchar con el delirio que me mata!...» y estrechó en sus brazos á sus

amorosos hijitos, y cubrió de besos las coronas que cubrian sus inocentes cabezas, tejidas por la mano del salvaje; y cada beso de sus labios en las fragantes flores, envenenaba mas y mas el dolor de su existencia.

Y no pudo con el sufrimiento aquella santa mujer: y á la claridad de la luna, salió al jardin: temblando, fué á la orilla de la fuente arrastrada por una fuerza irresistible, llegó al bosque del indio, que estaba sentado pálido y meditabundo.

— « Caonabo, » le dijo balbuciente.

El indio creyó oir la voz del ángel, y no tuvo aliento para levantar la cabeza.

— « Caonabo, » volvió á repetir la desventurada Elenna, partido el corazon de pena.

— « Bendito sea tu Señor Dios, respondió el indio, empapando sus manos en lágrimas, cayendo de rodillas á sus piés: este pobre salvaje te ama con todo su corazon, porque eres buena como tus hijos, y eres la esposa de mi amigo que ampara mi pesadumbre. »

— « Te amo, continuó, abrasando con sus besos las manos frias de la infeliz Elenna: no

quiero nada de tí, te amo, tú has venido á consolarme... ¡ay! Dios ha querido que nuestros padres no fueran iguales, que tú no desciendas de mi raza : que yo, nacido de la sangre de los reyes, sea el esclavo del almirante y el mendigo á quien ampara hoy el alma generosa de tu marido. ¡Cúmplase la voluntad del cielo! Sé buena, le dijo por fin, levantándose lleno de profunda agitacion, sé buena, ten misericordia en el alma, que pronto se acabará mi triste vida. »

El indio puso, llorando, las manos sobre la cabeza de la princesa Elenna. « El ángel de mi raza te proteja, y Dios santifique tu corazon y bendiga á tus hijos. »

Elenna sufria horriblemente : el salvaje la miraba con la grandeza de los reyes : en sus ojos brillaba el genio : su boca pronunció las últimas palabras con la majestad imperiosa de la virtud sublime.

— « Adios, » volvió á decirle, besando con veneracion castísima su frente : la princesa no podia contener sus lágrimas : « No llores, le repitió de nuevo, no se estremezca tu espíritu :

olvida á este pobre indio, y Dios te consolará. »

De la cabeza de Elenna cayó la toquilla de encaje que la envolvia; empapada estaba en lágrimas : el indio la recogió del suelo, y Elenna temblando se alejó del bosquecillo.

VI

Despues, tres dias y tres noches estuvieron cerradas las puertas del alcázar.

El indio no probó agua ni alimento en aquellos tres larguísimos dias : al cuarto, al despuntar la aurora, Caonabo hizo un esfuerzo supremo : comprimió contra el corazon la toquilla de Elenna, regada de sus lágrimas y caliente con los últimos besos de su vida, y espiró bendiciendo aquella piadosa mujer.

El sol se levantaba del horizonte, cuando los

pajes del alcázar anunciaron á los príncipes que el cacique de Cibao habia muerto. Cárlos Felice y Elenna se levantaron presurosos del lecho y corrieron al bosquecillo.

Elenna, moribunda, fijó los ojos en la toquilla que el indio tenia apretada contra el corazon, como si un pensamiento eterno le diera misteriosa fuerza.

Hizo enterrar su cadáver allí donde espiró; hizo grabar sobre la piedra la escritura que han leido con tristeza tantas veces mis ojos.

Elenna plantó esos dos grandes cipreses, que hace trescientos sesenta y dos años que viven. Elenna rogó mucho á Dios, por aquella alma tan llena de virtud, de nobleza y de misericordia, y poco tiempo despues, consumida de tristeza, murió tan pura y tan virtuosa, como habia vivido siempre.

Desapareció con los años la raza de los príncipes Aldobrandi da Rimini : mas tarde el alcázar fué destruido : los bosques talados; y solo los dos cipreses, la piedra de mármol negro, y la gran estátua de Hércules destrozando al

leon, es lo único que queda de esta lamentable historia, que será para siempre la tradicion del indio Caonabo, hermano del valiente cacique de Cibao, marido de la grande y desgraciada Reina Anacaona.

IZUA

IZUA

I

En una pobre choza, escondida en los suburbios de Arequipa, habitaba Izua en compañía de su madre.

De su madre, á quien habian secado el corazon las desgracias y los desengaños.

La hermosa niña tenia esperanzas ; tenia ilusiones ¡ ilusiones y esperanzas que debian desvanecer los años de la vida ! ¡ los años de la vida, que son la muerte !...

Habia soñado en el paraiso : buscaba en el mundo un alma de fuego ; un alma generosa como la suya.

Iba á cumplir diez y ocho años; y aunque tan bella, nadie habia llegado á su puerta.

Una tarde, al esconderse el sol en el horizonte, la vió un caballero llamado Angelo Doria : era descendiente de Andrea Doria y estaba proscripto de la pátria.

Debajo las anchas alas de su sombrero le brillaban los ojos que van derechos al corazon revelando la energía de un espíritu valiente.

La doncella lo miró, y desde aquel momento sintió tristeza : ¡ tristeza que en las cándidas vírgenes es amor en el alma !...

Angelo dejó en Izua su memoria, como ciertas flores que envenenan el aire que las besa.

Dos dias despues se sentó á la puerta de la tímida doncella, de la tímida doncella que oyó conmovida su voz, que era dulce.

El proscripto meditabundo le dijo con ternura :

— Izua, te amo.

Izua no pudo responder ; ¡ quién no compa-

dece al que vive en el destierro! Bajó candorosamente los ojos; se puso como el carmin, huyendo luego avergonzada.

Muchos dias duró el suspirar y la lucha; por fin la niña respondió al corazon que la enamoraba.

Aquellas dos almas buenas se juraron amor eterno, ¡amor eterno!... martirio infinito de dudas, de lágrimas.

¡Cómo sacude este dulce sentimiento las fibras delicadas donde el dolor latente se desarrolla, consume y agita la materia de la vida!

Angelo tenia virtud, valor, grande inteligencia; pero era pobre; ¡muy pobre!...

La madre de Izua tenia resuelto cambiar por *oro* la mano de su hija.

La empedernida anciana, entre las garras de la miseria, habia aprendido que solo en los bienes de la fortuna se encontraba la felicidad.

Angustias, hastío, desesperacion; con oro, eran palabras huecas; realidades espantosas á la desnudez y el hambre.

Y por eso, en su desengaño, habia decidido

que Izua no se casara sino con un hombre de dinero.

Habia olvidado « que es mas fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos. »

Y que « *si quieres ser perfecto, anda y vende lo que tienes,* y *dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo...* »

Sin embargo, la vieja ofrecia velas á los santos; no cerraba los ojos sin besar el escapulario; oia misa; se confesaba; estaba siempre en la iglesia. Y con este sistema esperaba salvarse engañándose y creyendo engañar á los santos, *como si los santos fueran bobos...*

Pero en tratándose de su hija, fuera ó no desgraciada, era irrevocable su resolucion; casarla con un hombre rico ó encerrarla en un convento.

II

La doncella ignoraba este pensamiento, y un dia que la inquietud le apretaba el alma, llegó á su madre buscando amparo.

— Madre, le dijo, amo al Sr. Angelo, y el Sr. Angelo me ama.

— Hija, respondió la anciana, es necesario olvidar á ese desgraciado que vendria á aumentar nuestra miseria...

— Pobres, viviremos felices, dijo temerosamente la hija...

— Primero quiero verte muerta, respondió enfurecida la madre.

La niña se puso pálida; luego inclinó la cabeza y se retiró afligida, llenos los ojos de lágrimas.

La madre conocia el temple de la niña : una semana despues la alejó de Arequipa y trasladó su habitacion á una casita rodeada de árboles, situada en el centro de uno de los valles mas deliciosos de América, á ochenta leguas de la ciudad.

Izua enfermó : la palidez vino á reemplazar el sonrosado de las mejillas; y queria curar el alma : ¡pobrecita! el alma enferma no se cura nunca... así irá acercándose al sepulcro.

Angelo ignoraba su paradero; y tambien era muy infeliz...

Inútilmente el amante buscó á la amada; en vano la niña aguardó al caballero... que aburrido y cansado de buscar, un año despues se alejó de Arequipa.

Entonces la anciana dijo á la moribunda:

— Tu amante te ha olvidado; unido á otra mujer, con ella ha vuelto á su país natal y luego ha muerto...

Izua abrió los ojos sin creer.

— ¿Es verdad lo que me dices? ¿Me lo juras, madre de mi alma?

La madre no tuvo conciencia, ni caridad, y juró tranquila.

— Pues bien, respondió la vírgen, viviré para Dios.

La madre inclinó la cabeza.

Ochos dias despues, enferma aun, la pobre hija entró en el convento de Santa Clara : un año mas tarde tomó el velo, y profesó, llamándose desde entonces sor Luisa de la Encarnacion.

Oro ó la casa de Dios : la casa de Dios habia abierto las puertas á la víctima.

III

¡ Con que melancolía fermentan, escondidos en el alma, los recuerdos de la felicidad pasada !...

Cuando los ojos no miran nada ; cuando en medio de la luz ó de la sombra están impasibles.

Cuando ni el silencio, ni el ruido, conmueven la materia de la vida ; entonces, ¡ qué lúgubre y doloroso es el pensamiento, y qué desesperadamente huye del alma, lastimando con sus alas de nieve las fibras rotas del pobre corazon del hombre!...

Izua vivió tres años en esta situacion cruel ;

siempre abstraida esperando de la infinita misericordia de Dios...

¡ Qué surcos habian hecho las angustias en sus delicadas mejillas !...

La religiosa venció en fin el mal espíritu de los recuerdos y hacia en paz oracion... ¡ Cómo se vence y acaba todo camino bueno ó malo !

— ¡ No hay nada que acostumbre al cansancio, como el cansancio mismo !

— ¡ Ay ! ¡ con la felicidad no se es feliz ! ¡ Sin el mal, no se conoceria el bien !

Siempre sueña el espíritu un mas allá sonriente y bienhechor ; un mas allá , que no llega nunca...

Con la desgracia y el dolor, viene un momento en que no se siente el martirio... un momento, en que tampoco se comprende ese mas allá sin término...

Y por eso ofrece á las almas grandes mas consuelo la tristeza que la alegría.

Bienaventurados los infelices que viven en perpétua agonía : de ellos es siempre la esperanza ; y será despues de la peregrinacion pasajera en el mundo, donde la justicia y la injusticia

no son sino delirios en el reino de los cielos.

Entrad por la puerta estrecha, porque la ancha y el camino espacioso llevan á la perdicion...

¡ Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que conduce á la vida ! ¡ Y qué pocos son los que lo hallan !... dice Jesucristo.

Izua, buscando ese camino, habia entrado en el claustro y no sentia ya el dolor, porque el dolor era el alma de su triste vida.

IV

El convento de Santa Clara ocupaba un terreno inmenso : soberbias galerías, á donde daban las celdas, rodeaban su patio cuadrilátero: por ellas se llegaba á la escalera de mármol que conducia al coro y al jardin.

Del coro se iba á la iglesia por la puerta del comulgatorio, por donde entraban las novicias el dia de la profesion.

El altar mayor estaba adornado de filigranadas celosías de hierro, donde las religiosas asistian á los oficios divinos.

En la mas elevada de estas tribunas, diaria-

mente rogaba Sor Luisa de la Encarnacion.

Los fieles conocian su historia y le tenian mucha lástima.

Elegida superiora, las monjas y las novicias la amaban como á su ángel tutelar; á su rededor todo sonreia; la paz de su alma llenaba de paz el convento...

Era el mes de mayo: la iglesia estaba sembrada de flores; las paredes cubiertas de tapices de seda carmesí; millares de luces derramaban por todas partes mares de claridad; la música estremecia las bóvedas del templo; los fieles hacian oracion; la comunidad cantaba himnos celestiales á la Vírgen.

De par en par estaban abiertas las puertas. La gente entraba y salia en tumulto; resonaban los últimos acentos del *Te Deum*, cuando rompiendo la multitud, se adelantó hasta el altar mayor un hombre alto, canoso, pálido y meditabundo; allí dobló la rodilla y se entregó al ruego.

La funcion se habia acabado: era hora de cerrar y el lego sacudia su manojo de llaves en señal de despedida.

La superiora se retiraba de su reja cuando fijó los ojos en aquel hombre.

— Vírgen santísima, gritó espantada.

El que rezaba levantó la cabeza, y al través de la reja vió la figura desencajada de la religiosa, que le tendia las manos suplicantes.

El hombre palideció contemplándola; luego se acercó á la reja y dijo con lamentosa voz:

— ¡ Izua de mi vida; te he llorado muerta y acabo de rogar á Dios por tu alma!

La superiora no pudo responder y cayó sin sentido sobre el reclinatorio.

Las monjas se retiraron de la tribuna; Angelo dejó la iglesia como si estuviera loco; el lego, despues de isopar la nave mayor con agua bendita para espantar al diablo, *que no está sino en el corazon de los que cierran su oido al clamor del desgraciado*, cerró temerosamente las puertas y se metió en la sacristía.

V

La débil luz de una pequeña lámpara disipaba apenas la oscuridad de la celda de Sor Luisa de la Encarnacion.

La superiora, vestida de su tosco hábito, fijos los ojos en su camándula de gruesas cuentas, apoyaba la cabeza sobre la mano descarnada.

En sus fruncidas cejas, en el brillo siniestro de sus ojos, se pintaba la tempestad que sacudia sus entrañas.

Cerca de ella estaba un anciano, observándola silencioso, el médico del convento y el amigo del alma de la superiora.

— Su reverencia está en un gran peligro ; voy á llamar á la comunidad.

— No llames á nadie y déjame; el tiempo vuela. Hace tres años que me viste profesar; sabes si desde entonces ha sido grande mi resignacion y penitencia; tú ves la dulzura y justicia con que gobierno esta santa casa; las novicias me llaman la buena madre, y yo tengo en el corazon un dolor que no se acaba nunca. La muerte era mi única esperanza y antes que llegara he visto á Angelo Doria...

El doctor hizo un movimiento de sorpresa.

— Sí, á Angelo Doria; el amante de mi corazon... mi madre me juró que esposo de otra mujer habia muerto lejos de Arequipa, y por eso tomé el velo : Angelo Doria vive... me engañó mi madre... quiero salir inmediatamente del convento : cada minuto aumenta mi inquietud : cada hora es un siglo : siento que la sangre se agolpa á mi cabeza : necesito el aire libre... estas paredes me ahogan... mañana no quiero ver aquí la luz del dia, no... no...

— Madre superiora, eso es imposible.

— Imposible, respondió la monja temblorosa de ira, levantándose con violencia y fijando

los ojos inyectados de sangre en la frente del médico, pues antes que alumbre el sol el convento estará reducido á cenizas : mi mano encenderá el fuego, y muriendo entre las llamas, acabará este horrible martirio que me consume.

— Cálmese su reverencia; por verla feliz daria la sangre de mis venas.

— No es necesario tanto, dijo con impaciencia la superiora : lo que quiero es que me ayudes á salir de aquí.

— ¿ Y cómo puede ser eso? exclamó el médico.

Hubo un momento de silencio : el médico miraba á la superiora; la superiora tenia inmóviles los ojos; la luz de la lámpara iba acabándose; el monótono movimiento del reloj marcaba las horas, y á la puerta de la celda, tranquila y rezando con fervorosa piedad, una jóven novicia contemplaba la luna y la grandeza sublime de la noche serena...

— Escucha como puede ser, dijo la superiora rompiendo el silencio.

— Mañana á las doce de la noche pónme el

cadáver de una mujer á la puerta del jardin.

El médico la miró asombrado.

— ¿Y qué hará su reverencia con ese cadáver?

— Mañana, repitió la superiora con amargo acento, á las doce de la noche, pónme un cadáver á la puerta del jardin... si no está, á la una arderá esta santa casa.

El viejo la miró espantado.

— A las doce estará el cádaver á la puerta del jardin.

VI

Al siguiente dia la superiora no se levantó del lecho : grande era la reconcentracion de su espíritu : las horas de sol las pasó en silencio profundo : á las nueve de la noche, la comunidad se entregó al sueño.

A las once la monja se sentó en el sitial que estaba en el rincon de la celda.

¡ Qué violenta inquietud dominaba el corazon de aquella mujer ! Cruzaban las ideas en su cerebro como nubes arrebatadas por el huracan.

La noche era fria ; el agua azotaba los cristales de la ventana : en los corredores el viento zum-

baba y removia las ramas de los árboles con lúgubre murmullo.

La superiora echaba fuego de los ojos : sus oidos estaban atentos y percibian á lejana distancia el mas leve movimiento : la impaciencia le apretaba el cerebro, y para aquella alma en pena las horas habian parado su curso.

Al fin dieron las doce : la monja contó uno á uno los ecos de la campana; ¡ qué lúgubre era su lamento ! un silbido rompió el aire... entonces saltó del sitial, y saliendo de la celda, cruzó el claustro, bajó al patio y abrió sin saber como, la puerta del jardin.

En sus gradas estaba tendido un cadáver.

La luna se escondia entre nubes : la noche era densa : la calle estaba solitaria.

La superiora llegó hasta el muerto y lo miró con espantosa alegría : puso en él las manos; era el cadáver de una mujer, y tuvo miedo... pero el delirio dominó la naturaleza.

Asombrada aun, lo agarró por los enredados cabellos; lo tiró convulsiva; lo metió entre los árboles, y cerró trás sí la puerta.

Descansó un momento abstraida, y como em-

pujada por el espíritu; lo apoyó contra un árbol; sobre las espaldas lo suspendió con violencia y comenzó á llevarlo por el claustro.

El cadáver estaba empapado en agua: le caia la cabeza, sobre el pecho delicado de la monja: con los labios rozaba las pálidas mejillas de aquella infeliz, derramándole sobre la cara fétida y sanguinolenta espuma, que resvalándole como nieve por el cuello, iba á buscarle el escondido lugar donde latia el corazon desesperado.

La superiora, insensible al asco, al miedo, al frio y al peso del cadáver, lo llevaba como una condenada...

Así cruzó el jardin y el claustro, y subió la escalera, y entró en su celda, donde lo arrojó con violencia sobre la cama.

Pavorosa lo contempló un instante... luego hizo oracion... ¡qué oracion! y en seguida amontonando á su redor libros, muebles, vestidos y aceite, con mano firme les prendió fuego; y cuando todo ardia, cuando las llamas tocaban el techo, sofocada por el humo, casi ciega y abrasadas las manos, abando-

nando la celda, la cerró por fuera y como una flecha se lanzó á la calle por la puerta del jardin.

Y sonó la una de la noche : la hora mas triste de la vida...

Al crugido de las rejas que se rompian tostadas ; al derrumbamiento de las paredes ; al resplandor terrible del incendio, la comunidad se despertó y corrió á la celda.

La celda no existia ya : y por la mañana, apagado el fuego, en el lugar del lecho de Sor Luisa de la Encarnacion, se encontraron un monton de huesos calcinados, que hacian creer que la superiora habia sido víctima de las llamas.

La comunidad lloró mucho : hizo funerales honras á su buena madre : entre flores envolvió los huesos, depositándolos religiosamente en el panteon del convento.

VII

El que ha perdido todas las esperanzas y lucha siempre, ¡con qué desaliento pasa las horas!...

Cuando al abrir los ojos tropieza con el mismo imposible; cuando durante el dia lo contempla, y cuando al entregarse al descanso lucha en sueños con ese imposible cruel que engendra el desconsuelo de no llegar nunca... que luego degenera en ese aburrimiento que fortifica la mano del hombre para empuñar el acero que clava en el corazon, y de una vez curar las llagas

que cada dia ahondan y envenenan mas las desgracias.

Hay unos momentos tan supremos de cansancio y de dolor, unos momentos tan tormentosos, que se admira el alma de que haya paciencia...

¡ Qué misterio domina al espíritu valiente para no romper la delgada cadena que ata la vida, á la vida incrustable de la creacion!

¡ Ay! ese misterio enfrenaba la mano de Angelo Doria...

Tres años de martirios habian engendrado en su alma un tedio tan profundo como el pensamiento oscuro de la muerte.

Delante de Santa Clara vivia desconocido: apenas brillaron las llamas cuando se lanzó inquieto á la calle: corria buscando entrada en el convento, cuando tropezó con un cuerpo exánime apoyado en las tapias: Angelo reconoció á Izua privada de sentido...

El caballero la levantó en sus brazos: y aun estaba la calle desierta cuando la llevó á su casa sin ser visto de nadie.

VIII

En la tierra no sucede lo que quiere el hombre, sino lo que tiene dispuesto la voluntad de Dios...

Cuando Izua abrió los ojos, á la cabecera de su cama estaba sentado Angelo Doria.

Izua le miró con asombro, alzó las manos suplicantes exclamando con religioso acento:

— ¡ Gracias, Dios mio, inefable y bondad infinita !... yo te adoro y te bendigo en tus altos juicios ; has oido mi voz... perdóname y ampárame... Angelo de mi vida, acabó diciendo, arrojándose entre los brazos del infeliz caballero.

Largo rato corrieron y se mezclaron sus lágrimas : los besos del alma tienen una elocuencia celestial : aquellas dos bocas que habian probado tantos años la hiel de la desgracia, estaban unidas apurando el infinito placer del amor santo, que solo es comparable á la grandeza de la luz, á la sublimidad de la noche cubierta de estrellas, y al estrago terrible de los huracanes.

Los pobres amantes, ignorados y escondidos en los espesos bosques que rodean el termino de Arequipa, vivieron tres años, como dos hermanos, como dos amigos, como dos ángeles de virtud y de inocencia.

Izua oraba : sobre el corazon tenia el escapulario de la órden : no habia abandonado su humilde hábito; y en medio de la tristeza, la paz de Dios alentaba su alma; pero Angelo estaba siempre meditabundo : sus ojos miraban con dolor inexplicable...

Y su palidez, su amarga sonrisa, su concentracion tenebrosa, angustiaban á Izua... fé y esperanza eran para él palabras sin sentido...

Habia sufrido tres años queriendo arrancar á la tumba el ángel que creia encerrado en su os-

curidad; y cuando el ángel apoyaba su cabeza candorosa en su seno infeliz, contando las vibraciones de su corazon, su corazon se habia enfermado amando, y en el mundo de los recuerdos, vagaba errante, sin descansar nunca... Por misteriosa voluntad, habia hallado al ángel despues de tantos martirios... Y el ángel ya no tenia hermosura... no tenia hiel, no tenia el veneno que necesita para adormirse el hombre que despues del dolor, se acostumbra á la hipocondría, á la soledad eterna, al odio y á la maldicion de los condenados....

¡ Y en vano el silencio y dulzura agradable del retiro... en vano la melancólica quietud de los campos vírgenes, tendian la paz y su atmósfera de consuelo alrededor de aquellos desgraciados ! !...

La alondra, que cerniéndose en el aire, trinaba armoniosa y alegre : el ganadillo, que blanco como la nieve, triscaba al pié del monte : el sáuce, que bañaba sus llorosas ramas en la plácida corriente : el cielo, color de púrpura escarchado de oro y azul, no los miraba nadie !... Angelo é Izua tenian los ojos impasibles y fijos

en el borde de la tumba... ¡ para ellos nada sonreia, nada !...

¿ Qué causa aumentaba cada hora la tristeza de su vida?

¿ Era el remordimiento ?

¡ Tener sed ! ¡ probar el agua transparente! y luego sentir en las venas, de donde no puede arrancarse, la ponzoña matadora ! ¡ ay ! ¡ esa es la voluntad de Dios!...

IX

Angelo no pudo mas...

Una mañana de esas en que el cielo parece oir los lamentos del hombre y entristecerse con su tristeza, al recostar su cabeza en los hombros de Izua, le dijo con amorosa lástima:

— Los dias de la vida van pasando, y nuestra angustia no tiene término... eres esposa de Dios y el alma del alma mia... en mi corazon rebosa la amargura... y no puedo mas... A mi lado crees profanar el nombre de Dios... mojas mis manos de lágrimas... y siento aquí un infierno interminable que me consume... ¡ Pobre Izua !.. Si te-

mes la condenacion eterna, mi mano te guiará á la casa de Dios...

Izua se arrojó al cuello de aquel hombre, que, inclinando la cabeza, hacia la última meditacion, despidiéndose del mundo.

X

Era el 17 de octubre de 1657, aniversario de la muerte de Sor Luisa de la Encarnacion.

¡Qué época tan dolorosa! ¿Podrás olvidarla tú, Izua bendita de mi alma?... le decia Angelo Doria á la pobre mujer de quien se iba á separar para siempre.

Ese dia, la portera del convento de Santa Clara anunciaba á la comunidad que el reverendo obispo de Arequipa estaba esperando en el locutorio.

Las monjas, presurosas, salieron á recibirlo... el prelado entró, dirigiéndose á la iglesia, acompañado de una mujer envuelta en un manto negro,

y seguido de un fraile francisco, que, sin alzar los ojos, fué á arrodillarse al lado del altar mayor.

El obispo se sentó en el confesionario : la mujer se arrodilló á sus piés.

Las religiosas, curiosas, observaban desde la puerta.

La penitenta confesó sus pecados y luego rompió en sollozos.

El obispo la echó la absolucion, y tomándola por la mano, aun cubierta del manto, la condujo donde estaba reunida la comunidad.

—Hijas mias, les dijo, Sor Luisa de la Encarnacion, vuestra superiora, por quien están cubiertas de luto estas paredes, vive aun.

Como tímido ganado á quien el silbido del pastor asusta, así la comunidad se remolinó sorprendida.

— Vive, y aquí hará penitencia hasta la hora de la muerte... Abrid la casa de Dios á vuestra pobre hermana.

El obispo le quitó el velo, y Sor Luisa de la Encarnacion cayó de rodillas, muy pálida, á la puerta del comulgatorio...

— Llegad, esposas de Jesucristo, á enjugar las lágrimas del que llora arrepentido... dijo el prelado.

Y la comunidad rodeó á la superiora, la introdujo en el convento, y tras la comunidad se cerró el comulgatorio y todo quedó en profundo silencio.

XI

Las luces del altar aun alumbraban : la tarde iba cayendo : las sombras oscurecian las paredes y llenaban de misterio el templo, cuando el prelado se acercó al fraile, que aun hacia oracion.

— Hermano, le dijo, levántese, tenga fé y dispóngase á partir para las misiones de la Sierra Grande.

El hermano bajó la cabeza, entrelazó las manos, y fijando los ojos con ternura desgarradora en la puerta por donde habia entrado la pobre Sor Luisa de la Encarnacion, exclamó con doloroso acento :

— ¡ Adios, Izua de mi vida!... ¡ adios hasta la eternidad!

Y partiendo luego para las misiones de la Sierra Grande, nadie volvió á saber mas de la existencia del fraile Angelo Doria.

Pocos meses despues murió Sor Luisa de la Encarnacion, superiora del convento de Santa Clara.

Su último recuerdo fué de dolor... su última hora de caridad y penitencia.

Vivió como santa, murió como mártir, sin duda está en la presencia de Dios, coronada de flores inmortales.

VENDEDORES DE CARNE HUMANA

VENDEDORES DE CARNE HUMANA

I

El viento Norte arrastraba las nubes : la mar rompia sus ondas espumosas en los arrecifes que forman la orilla de la *Punta*.

La tarde era de diciembre. — Apenas alcanzaban los ojos la ciudad de la Habana, cerrada entre sus viejas murallas : la calzada de San Lázaro estaba solitaria : el sol se ponia, y cerca de la horca perennemente levantada á la entrada del puerto como símbolo de la justicia humana,

se sentaban dos jóvenes africanos mirando lastimosamente estrellarse en las rocas el mar embravecido.

El mayor, por las rayas de su semblante y el corte puntiagudo de sus dientes, demostraba su raza carabalí. — El otro era una niña de Zancibar y como de diez y siete años.

El jóven estaba inmóvil; parecia que un doloroso recuerdo le punzaba el corazon.

— Pablo, es necesario olvidar la pátria : ya no la volveremos á ver ; hijo de reyes, encandenado viniste de Africa... hoy esclavo, tienes que regar con lágrimas el pan que comes; harapiento, sin consuelo, llevando sobre la cabeza esa cesta de frutas; has de correr por todas partes buscando su venta ; y si no vendes, el látigo del amo te romperá las carnes á la caida de la noche.

— ¿Y á tí no te sucede lo mismo, mi pobre Margarita? — ¿Cuál fué el crímen de nuestros padres para que la maldicion cayera sobre nosotros tan inocentes? Nacistes feliz : eras libre y jugueteabas en los campos cubiertos de flores : ¿dónde están ahora las orillas de aquel

rio donde te mirabas el semblante, y el techo y las palmeras de la casa paterna? ¡Ay! en la barbarie, la sonrisa de tu madre te llenaba de consuelo el alma; en tu humilde hogar, la paz de Dios te acompañaba; ¡ay! las tribus de la montaña entraron á sangre y fuego en la tierra nativa; nuestres padres murieron, y nosotros, niños robados, fuímos vendidos por el hombre avariento... ¡y ahora, la esclavitud será eterna! ¡jamas volveremos á ver las llanuras de la pátria! ¡huerfanillos, ningun beso de la madre vendrá á calentar el frio dolor de nuestra vida!!.

— Pablo, á vender las frutas del amo: no pienses en los dias que pasaron para siempre.

— ¡Todo lo permite Dios!!.

II

Cuenta la tradicion, que los dos negritos, cruzando por debajo de la horca, se dirigieron por la calzada de San Lázaro al lugar donde está hoy la casa de Beneficencia.

No habia por esa época en aquella orilla de arrecifes, sino chozas de pescadores y contrabandistas; pero al lado de lo que es hoy Beneficencia, existia una casa cuadrilátera, con rejas en la fachada, un zaguan espacioso que daba á un gran patio, y en su fondo una puertecilla de escape que nadie sabia á dónde iba á parar.

Esta casa, en la que regularmente no se veia á nadie, estaba rodeada de una alta cerca

de madera, cuya entrada cerraba una especie de resorte de hierro que cedia á la menor impulsion, abriendo camino á la casa.

En ella vivian dos hombres de cincuenta años : sus frentes eran venerables; sus caras, llenas de mansedumbre; la caridad y la religion eran el discurso incesante de aquellas dos almas, que parecian bendecidas por el Señor Dios, viviendo solo para el bien y consuelo de los afligidos.

Los dos Milazos, que así se llamaban, llevaban al pecho escapularios de la Vírgen del Cármen : eran hermanos de San Francisco.

La vecindad los creia santos, pero los contrabandistas del barrio de San Lázaro hallaban algo siniestro en la palidez y serenidad de sus fisonomías.

Aquellos dos européos vivian inabordables en su gran soledad y tenian mucho oro.

De vez en cuando, el uno desaparecia de la casa para volver luego á ocupar su puesto, dando lugar á que su compañero hiciera á su vez la misma misteriosa excursion.

¿Quiénes eran aquellos dos seres extraordi-

narios, sin parientes ni amigos, á quienes no se veia sonreir nunca, y que solamente cruzaban la calzada cuando la noche tendia su opaco manto?

¡Ay! que el corazon del hombre es un abismo impenetrable, donde no pueden llegar los ojos de la inteligencia, la prevision de la edad madura, la desconfianza, la luz de la mente, ni la sagaz experiencia de la filosofía : ¡cuando el espíritu está concentrado por la astucia ó por el crímen, nadie lo comprende; nadie lo define; nadie lo adivina!!.

III

Apenas el crepúsculo daba luz á tierra, y la calzada iba quedando desierta, cuando los dos negritos llegaron frente de la casa de los Milázos.

— Margarita, voy á entrar aquí, á ver si me compran las frutas.

— Pablo, no entres : tengo una melancolía tan grande que no sé lo que me presagia el corazon.

— ¡ Bien mio ! no entres en esa casa tan solitaria ; me dan miedo sus puertas siempre cerradas, y sus paredes y el silencio que las rodea.

— Margarita, no temas; aguárdame aquí, volveré prompto. La noche va á caer, y si no vendo mis frutas, el amo va á castigarme.

Pablo apretó el resorte y entró en la cerca, cruzó el gran patio; llamó á la puerta de la solitaria casa que se abrió, volviendo á cerrarse al momento.

Era oscuro y muy grande el silencio : por aquel lugar nadie pasaba.

Margarita estaba de pié, apoyada temerosamente en las tablas de la cerca.

Habian trascurrido cinco minutos, cuando oyó allá muy sordo, muy lejano, apagado por la distancia y confundido entre las paredes, un ¡ay! lamentoso : un ¡ay! de lágrimas y de dolor infinito : como el adios de la muerte : como ese grito que exhala el espíritu del animal y del hombre, al decirle adios á la vida.

¡Margarita! ¡Margarita! muy largo y profundo fué el lamento.

Luego, no oyó mas : la turbada criatura creia que la engañaba su melancolía. Aquel grito cruel, que mas habia llegado al alma que al oido, le parecia delirio de su mente, aturdida

por el miedo; pero pasaron los minutos, pasaron dos horas, y eran las diez de la noche cuando Pablo aun no habia vuelto.

La niña miraba por las rendijas de la cerca de tablas, temblando de miedo, devorada por la angustia, hecha un mar de lágrimas, y sin poder ni gritar, ni correr, ni separarse de allí.

Dentro de la casa, estaba el alma de aquella infeliz : la esclava era una pobrecita africana; pero su espíritu delicado, tierno y amoroso, era el de un ángel.

Invocó á la Vírgen María, y dando lastimosos gritos, se puso á correr por la desierta calzada como una loca; así cruzó por la puerta de la Punta, abandonando su tablero de frutas... y así entró en la casa de su amo, que la aguardaba lleno de inquietud y de ira.

—¿De dónde vienes? ¿á dónde está el tablero de frutas?.. dijo el amo, dándole al mismo tiempo golpes terribles, con el duro látigo.

Margarita lloraba, sin sentir el dolor que le abria las carnes.

— ¿De dónde vienes, perra negra? volvió á decirle sacudiéndole golpes crueles.

La niña se echó á sus piés, cruzando las manos suplicantes y ahogada por los sollozos, por el dolor del alma y por el cuerpo martirizado.

— De la puerta de la casa solitaria, de la calzada de San Lázaro, á donde entró Pablo que iba conmigo, sin volver á salir... oí un grito terrible... y no sé si Pablo ha muerto.

El almo dejó caer el látigo y fijó los ojos conmovidos en la frente de Margarita : de la infeliz Margarita que, acurrucada en tierra, llena de desconsuelo, lloraba, lloraba mucho.

Lo habia perdido todo, todo en el mundo... ¡ay! el amor es el alma del amante que adora con el alma.

IV

La noche pasó : al despuntar la aurora, el amo, con su esclava, tocaban á la puerta del alcalde de la santa Hermandad.

— ¿Quién viene á despertar tan temprano la justicia?

— Señor, se ha cometido un crímen : toma la vara y sigue á mi esclava, que te llevará á la casa que encierra los delincuentes.

El alcalde, despues de ceñirse la espada, empuñó la vara de la justicia, y rodeado de alguaciles, salió de la ciudad y llegó á la casa frente de la Beneficencia.

En cada extremo de la cerca colocó un algua-

cil espada en mano, y se dirigió á la puerta con cuatro hombres.

Los Milazos dormian descuidados y tranquilos sin que les remordiera la conciencia.

¡Parece increible que los crímenes, como la virtud, acostumbren el alma, y tambien la hagan indiferente á las excitaciones de la angustia y del remordimiento!!.

La mano del alcalde sacudió la aldaba de hierro.

Al octavo golpe, el mas venerable de los Milazos, que tenia majestuosa estatura, la frente despejada, los ojos pequeños y hundidos, la nariz aguileña y la boca grande, descorriendo el cerrojo, abrió de par en par las puertas.

— ¿Qué quiere tan temprano la justicia por esta humide y cristiana casa?

En el ínterin, el otro hermano, jóven como de cuarenta y cinco años, de regular estatura, la cabeza grande, y ancha la frente, los ojos negros, la nariz aguileña, la boca pequeña y muy recogida, lívido de color y con su sonrisa de hiel, miraba desde la puerta que estaba al fondo del patio, sereno y como admirado, de

que tan temprano se les turbara el sueño á gente tan sosegada.

— Milazos, le dijo el alcalde, que tenia los ojos de lince, tú no estás sereno : en esta casa entró ayer un negro que vino á venderte frutas; no ha salido aun... ¿ se lo has vendido al diablo?...

— Señor, contestó Milazos inclinando humildemente la cabeza, y bajando con modestia y serenidad los ojos, aquí no ha entrado nadie : hasta las doce de la noche no hemos venido de pescar en las orillas de la Cabaña : durante el dia la casa ha estado cerrada, y nadie ha podido entrar.

— ¡ Mentira! gritó Margarita anegada en lágrimas. Pablo entró en esta casa y no ha vuelto á salir : yo oí un grito horrible; lo oigo aun... Pablo está aquí, muerto ó vivo. Blanco, tú dices mentira...

El justicia tenia los ojos fijos sobre Milazos, que palideció : miró confuso á la jóven esclava, que con la elocuencia de la justicia eterna, lo contemplaba, derramando lágrimas.

— Esa esclava miente, dijo Milazos, tré-

mulo, ínterin que el hermano que estaba en la otra puerta iba retirándose con indiferencia.

El justicia meditó un momento : paseaba los ojos inquisitivos por la esclava y el viejo Milazos.

Los esbirros estaban silenciosos, empuñando las desnudas espadas. Margarita se removia impaciente ; cada vez que fijaba sus ojos en Milazos, la frente de aquel viejo empedernido se nublaba.

— Milazos, tu conciencia no está tranquila, le dijo otra vez el justicia.

— Justicia, no he visto ese esclavo : aquí no ha entrado nunca.

— Quedaos en esta puerta, dijo el justicia á los alguaciles ; y seguido de Margarita y de Milazos, penetró en lo interior de la casa.

En ella todo respiraba quietud y felicidad : las camas modestas y sencillas ; los salones confortablemente adornados ; por donde quiera, colgados á la pared, santos y reliquias, y en la peana de una Dolorosa vasos de cristal llenos de flores.

Al pasar Milazos delante de la imágen, hizo una genuflexion, diciendo: « bendita seas. »

El justicia clavó en él los ojos como dos brasas de fuego y siguió registrando la casa.

— ¿Y tus esclávos? le preguntó al llegar al último cuarto.

— No tengo esclavos, los negros que me sirven para la venta, los alquilo cada mes.

— ¿Y tú hermano?...

— Allá dentro.

— ¿Qué es allá dentro?...

— El patio.

— ¿Dónde está ese patio?...

— En el fondo de la casa.

— ¿Por dónde se entra?...

— Está muy abandonado.

— No pregunto eso: ¿por dónde se entra al fondo de la casa?

— Por esa puerta, dijo Milazos palideciendo.

El justicia no quitaba de él los ojos inquisitivos.

— ¿Qué hace tu hermano en ese patio?...

— Frie la carne, para que cuando vengan los negros, la lleven á la venta.

— Abre, dijo el justicia, cuyo semblante iba oscureciéndose y tomando la tinta severa del que comienza á sospechar de la criminalidad de un hombre.

Milazos abrió la puerta. El justicia y los alguaciles pasaron delante.

En una gran cocina, en tres anchas marmitas de cobre, el hermano de Milazos estaba friendo salchichas, y colocándolas luego con primor sobre servilletas muy blancas, en tableros preparados para la venta del dia.

— ¿Toda esta carne vendes diariamente?...

— Y mas si friera, respondió Milazos.

— ¿Cuánto ganas al dia?

— Cerca de veinte duros.

— ¿Cuánto tiempo hace que vendes carne?...

— Mas de seis años.

El justicia habia registrado hasta el último rincon de la casa, sin encontrar nada que respondiera á sus sospechas; sin embrago, en su alma fermentaba el terrible presentimiento de que aquel hombre era criminal.

El justicia, en medio del patio, meditaba cabizbajo, mientras el hermano de Milazos seguia friendo carne, sereno, y talareando una cancion, sin darle importancia á la presencia y pesquisas del juez.

Margarita daba vueltas por todas partes, registrando los rincones de aquella casa fatal.

Al salir, pasando por la pequeña puerta que daba entrada al patio, de pronto se detuvo; observa la juntura de la tablazon y da un grito.

¿Era presagio del alma? ¿Era haber dado con el camino descubridor del crímen?

El justicia examina las hendiduras. — Milazos tiembla... Quiere huir, pero no puede.

El freidor de carne, despavorido, da un salto, y como un pájaro, sale corriendo por la puerta.

Los alguaciles de fuera lo detienen con la punta de las espadas, y lo traen atado...

En el rincon de la pared habia un resorte...

Y el justicia lo aprieta: la trampa gira sobre su eje, y queda otra vez cerrada herméticamente.

En su giro se descubre la boca de un pozo profundo. Los alguaciles rompen á golpe de hacha la tablazon, y debajo de ella comienza una escalera estrecha...

La oscuridad es grande: los ojos no alcanzan el fin.

Los alguaciles, para bajar por ella, agarrotan al venerable Milazos, que, desencajado, silencioso y trémulo, sigue los movimientos del justicia.

Al malvado se le habia caido la máscara de la cara.

El negro corazon y el delito, daban siniestra sombra á la frente de aquellos hombres empedernidos.

— ¿A dónde va esta cueva?...

— No sé...

— ¿Qué hay en su fondo?...

— No sé...

— ¿Escondes en ella al esclavo Pablo?...

Milazos no responde.

Sus ojos, inyectados de sangre, devoran con odio á Margarita; á la pobre Magarita, que acercándose á la entrada de la cueva, miraba la

infeliz hácia abajo, queriendo profundizar con su amor eterno en aquellas sombras impenetrables.

— ¡ Pablo ! ¡ Pablo !... gritaba muy afligida.

— ¡ Pablo ! yo estoy aquí : decia con ternura desgarradora.

A cada grito, Milazos se estremecia : aquellos lamentos le emponzoñaban.

Aquel hombre veia descubiertos sus crímenes.

Iba á saberlos el mundo ; el mundo, que el beato hermano de la Orden Tercera, venerable y caritativo, habia engañado durante diez años, para sentarse muy pronto en el banquillo de los acusados.

El ángel que lo habia descubierto lo tenia delante, y su mano habia roto la cadena de sus crímenes y habia trocado su porvenir de delicias en otro que iba á ser espantoso.

Milazos comprendió que nada podia salvarlo ya.

Estaba abierta la trampa, y en la desesperacion que le llenaba el alma, se acercó sagazmente al pretil de aquel horrible pozo.

Margarita, anhelosa, miraba hácía dentro,

llamando con gritos de dolor infinito, al amante que no respondia.

Entonces el malvado, con la rapidez del rayo, le dió un empujon terrible, y la infeliz Margarita, sin poder agarrarse á ningun lado, cayó como una piedra en el fondo del oscuro abismo.

— Ahora á morir, dijo con horrible sarcasmo el infame asesino.

El justicia lo hizo agarrotar de piés y manos como á una fiera : los alguaciles lo tendieron en medio del patio, al lado de su hermano : aquellos perversos rugian como lobos y se sacudian rabiosos, como si los hubiera picado venenosa culebra.

V

A la luz de las antorchas, por la estrecha escalera, bajaron el justicia y los agualciles.

¡Qué sangriento espectáculo!... ¡De cuánto es capaz la avaricia, la crueldad y el empedernimiento del corazon del hombre!

A las ochenta varas de profundidad estaba rebentada la pobre Margarita. ¡Infeliz criatura, muerta en la flor de los primeros años!...

Un subterráneo espacioso, sostenido por ocho pilastrones de mampostería, era el lugar donde concluia el pozo, formando tres salones, alum-

brados por la luz de varias pequeñas candilejas.

En el primero, habia una mesa de piedra con hachas cortantes y cuchillos afilados : cerca, dos troncos que servian de picadores : al pié, cuatro grandes lebrillos, en los cuales habia aun, la cabeza, los piés, las manos y los huesos, de un hombre que hacia pocas horas habia sido descuartizado.

En el otro salon, mas espacioso, habia mesas llenas de carne en adobo, preparada á ser frita por el hermano de Milazos, en las marmitas del patio de arriba, para luego ser vendida en la ciudad, por los negros que tenia alquilados con este fin.

Y en la última sala, habia un sumidero, á donde corria á perderse para siempre, la sangre de las víctimas : en un rincon una gran caja de cal viva llena de huesos descarnados, y en donde asomaba aun la cabeza del pobre esclavo Pablo.

¡ Qué peste ! ¡ Qué vapor ! ¡ Qué atmósfera de sepulcro y de infierno !...

¡ Por todas partes manchas de sangre y carne y huesos de infelices !...

El justicia y los alguaciles recorrieron el elaboratorio de los Milazos, y luego, horrorizados, volvieron á subir por la escalera.

Los malvados estaban tendidos como dos bestias feroces repletas de sangre, abrumados del dolor de las ligaduras y del agarrotamiento, y dando quejidos, como si aun debiera compadecerse de ellos, la caridad de los hombres.

Sobre caballerías, como animales dañinos, los llevó la justicia á la cárcel.

La gente del barrio de San Lázaro entró luego, espantada, á recorrer la horrible mansion de los Milazos.

La caridad recogió el cuerpo de la pobre Margarita, y los restos del infeliz Pablo, y los enterró en el cementerio que está al fin de la calzada de San Lázaro.

Diez dias despues, convictos y confesos de la venta de carne humana, fueron condenados los dos Milazos á la pena de horca, á donde murieron cobardes y vilmente.

Sus cabezas fueron puestas en jaulas de hierro en el lugar de sus crímenes, y sus brazos

al fin de la calzada de San Lázaro, á la orilla del mar, á donde aun existian á principio del siglo presente.

Esta es la tradicion de los Milazos, y la mas sangrienta prueba de lo que es capaz la maldad del corazon del hombre.



EL SANTO DE GUANABACOA

EL SANTO DE GUANABACOA

I

A dos leguas de la ciudad de la Habana, hay una villa llamada Guanabacoa.

En ella nació el valeroso y muy temido José Antonio Gomez Ruiz Perez, aquel famoso caudillo que metió el convoy de vituallas en los castillos inexpugnables del moro y la cabaña, cercados por el inglés en el siglo pasado.

¡ Honor al buen patricio! la gloria como todo lo ideal no se acaba nunca.

El héroe murió preso en tierra extranjera; sus armas tienen hoy una leyenda que dice: « *Beatificamus eos qui sustinuerunt.* » Los sostenidos fueron reyes de Castilla.

Sin embargo, ninguno de los descendientes de este indio cruzado en raza goda, se ocupó nunca de sus hazañas.

¡Qué importa á los varones justos y fuertes, las grandes acciones y noblezas de sus antepasados!

Si ellos fueran indignos, ¿de que le servirian. sino para mas aumentar su menosprecio?

Los tontos pueden hacerse la ilusion de que se honran con acciones agenas; el cuervo con las plumas del pavo real.

¡La humanidad se ha despercudido mucho! Y de tal manera se va poniendo el mundo, que nadie cree, sino lo que ve, y nadie ve mas luz que la que alumbra.

La juventud no se piende en las fantásticas sombras de la esperanza, ni en los delirios de la preocupacion.

Todas las creencias están hoy bajo las alas gigantes del vapor y la electricidad.

Estos dos elementos de vida ó de muerte taladran el viejo mundo, y rompiendo los límites del vacio, puede ser que lleguen á las estrellas.

¡Tiempo al tiempo!...

El pasado se derrumba : las moles seculares de la verdad antigua, bambolean...

Hay un sacudimiento tan espantoso, que solo las sublimes letras del alcabalero Levy, brillan resplandecientes en medio de la oscura tormenta y del embrion de duda, en que está fermentando lo que ha de venir.

Los que habitais todos las regiones de la tierra. *Llegó la hora del mundo nuevo.*

La humanidad va á sujetarse á otras leyes.

El cristianismo hizo la revolucion moral de los sentimientos del alma.

Lo que viene ahora, es la revolucion filantrópica de las cosas de la razon.

El dedo que escribió las tres mágicas palabras en el gran banquete babilónico señalará la meta.

La meta, la desconoce el mundo.

No hay ojos que la vean.

La electricidad y el vapor son hijos de la luz

y del rayo; el magnetismo ¿quién sabe lo que será?...

Yo amo el aire, la luz, y todo lo que rompa las tinieblas.

Quiero respirar donde pueda hacerlo con toda la extension de mis pulmones.

La gratitud es el único límite que reconoce mi espíritu.

A vosotros que habeis dado una gota de agua para apagar mi sed, yo os bendeciré siempre; pero tengo miedo de los tiempos que vienen...

Este huracan es el mar grande que ha paseado la tierra:

Es superior á la base firme de mi espíritu y de mi saber, que es como el de un niño; sin embargo, tengo cuarenta y tres años y he meditado siempre.

¡Ay! ¡vivo con el corazon y la inteligencia!

Mi fluido eléctrico, es la caridad: mi luz el amor: mi libre albedrío, la pobreza del espíritu; que no encuentra grande sino la sonrisa del pobre que está contento con su suerte; la dulzura del rico, que es humilde: y la clemencia del poderoso, que es blando y tiene misericordia.

Mi único consuelo es Dios; mi fé el cristianismo; su doctrina es sencilla y clara, como las aguas de un rio transparente. Y por eso la amo. Despues de está mi sola fé, consuelo dulcísimo de mi corazon, todo no es mas que sombra, y vanidad mentirosa...

¿En que paran los imperios grandes y pequeños? ¿y los ricos y los pobres? ¿y los soberbios y los humildes y todo, sino en un puñado de polvo?

De polvo, que pisan con aburrimiento las generaciones que van viniendo...

De polvo, que si lo arrastra el viento para mas envilecerlo, ó lo levanta, burlándose de su debilidad, lastima con su grano estéril, hasta el ojo inerte de los pollinos que lo pisotean.

En eso para todo lo creado: todo lo que ha *de ser mundo nuevo*, ardiendo hoy en los inmensos crisoles, y en la gran fornalla donde la razon y la filantropía están elaborando, elaborando incesantemente su obra, como dos ángeles locos, evocados del infierno de los condenados.

¡Adelante! ¡adelante!... Hagamos el mundo nuevo.

Yo tambien elaboro para ese mundo nuevo, y con esos dos ángeles... pero son tradiciones de los tiempos que pasaron...

Tradiciones, que oí de niño, al recostar mi cabeza en el seno de la amorosa madre, y que forman hoy el tesoro dulcísimo de mis recuerdos.

¡De mis recuerdos cándidos, de la juventud del alma...

¡De la juventud del alma! ¡Pobre ilusion perdida!... Cuando llegue la realidad de mundo nuevo, ¿tendrá juventud el alma?...

II

¡ Ay! entonces era niño... mi delicia eran las temporadas de Guanabacoa; de Guanabacoa, cuna de caciques, y de mujeres hermosas.

Aun te veo, villa muy amada, tendida al pié de la loma del indio; de aquella loma árida y escueta de que me hizo donacion la villa, en cuya cumbre desde la conquista, hay enclavada una cruz gigante de palo, pintada de vermellon.

Aun veo tus calles desempedradas y tortuosas : tus casas de tabla y de guano : tu modesta plaza; el manantial salutífero de santa Rita, abierto á fuerza de pico, y aquellos barrios de-

siertos de corral falso, habitados de gentes sencillas; y por todas partes tus cocoteros, guanábanas, tamarindos y anones y aquella diversidad de tunas, aguinaldos, y tantas yerbas olorosas, que embalsamaban el aire, con su delicado aroma.

Aun ven mis ojos desde la tierra extranjera, cuando ya la barba principia á nevarse, aquellas mañanas plácidas, y aquellas noches serenas.

¡Ay! una vez contemplando su majestad tan infinita, miraba la luz brillante de sus luceros. ¡Era muy niño! estaba sentado sobre una piedra en la puerta de la casa de mis abuelos en el barrio de corral falso: y mientras tenia clavados los ojos en el cielo, oí el ruido de un cencerro, que sonaba de lejos muy lúgubremente y que sonaba siempre, sin llegar nunca.

« ¡Ave María purísima! el alma en pena, » exclamó la negra que me cuidaba, y que me arrebató en sus brazos, cerrando temerosa la puerta.

« A dormir, niño, á dormir, » me dijo, des-

nudándome y metiéndome en el lecho, así como una gallina hubiera escondido bajo sus alas los tiernos polluelos, amenazados por la garra del milano.

El cencerro se oia aun, y era la una de la noche; y la negra encerrada en la habitacion oraba á mi lado, y siguió orando, hasta que el ruido fué perdiéndose y al fin cesó.

Lleno de curiosidad no podia dormir; necesitaba saber, y cuando la ví tranquila, le pregunté amorosamente:

—Ama María, ¿porqué me has quitado de la puerta? ¿Has tenido miedo?...

—Sí, hijo mio; á las once de la noche no te asomes ni al patio, ni á la puerta. Ese cencerro que has oido, es el del alma en pena. Hace muchos años que á la misma hora llueva ó truene, se ve entre las sombras, con su récua de mulos cubiertos de paños mortuorios, un carbonero pálido, muy pálido, como la muerte. Nada dice; nunca sonrie y está corriendo, corriendo toda la noche, sin llegar nunca; y al dar la campanada de la una, desaparece: y cuando pasa, los perros tiemblan y no ahullan; y

los gallos silenciosos, se acurrucan entre las gallinas.

Lo ha seguido muchas veces el alcalde José Antonio, y la ronda de la santa Hermandad, ha descargado contra él sus arcabuces; pero el alma en pena, con sus mulos invulnerables, ha seguido su camino; y cuando han creido tocarla ya, ha desaparecido sin dejar sus caballerías rastro sobre la tierra húmeda por el rocio de la noche.

El ama besó mi frente, y me cubrió con las ropas del lecho. Quise en vano cerrar los ojos : el alma en pena me daba miedo; rendido al fin, me dormí, atormentado por visiones espantosas.

III

En la villa de Guanabacoa, habia por aquellos tiempos un convento de San Francisco; y en el convento un hombre, cuyo apellido y familia eran desconocidos; huérfano de padre; huérfano de madre; sin parientes y sin amigos: sin duda habia nacido del delito y arrojado en la maternidad, habia vivido de limosna, para despues entrar en la órden de San Francisco á servír de monaguillo.

El jóven era delicado, como una flor de primavera; su fisonomía y sus ojos muy tristes, y en su frente tenia retratada la resignacion del alma.

Su penitencia, humildad, y su gran estudio le habian ganado el corazon de la órden : y sin quererlo, porque no se creia digno de tanto honor, el monaguillo fué examinado, hecho fraile, y al año, era predicador del convento.

Su palabra era como la miel : si hablaba al delincuente empedernido, su lengua, como espada de fuego : era un asombro de elocuencia.

Vivia en una celda muy pequeña : jamas abrigó sus carnes el hilo, ni el algodon : sus hábitos eran de lana, las ropas de su tarima, de lana : jamas comió carne, ni probó mas que legumbres cocidas que eran todo su alimento.

Aquel hombre deseaba la muerte para vivir la vida eterna : y para llegar á ella, era necesario vivir, vivir impecable; y de caridad, y de amor de Dios, se nutria aquella alma bienaventurada.

Era el confesor, la voz, el ejemplo y la luz de la órden.

A las cuatro de la mañana decia misa; despues iba á curar los enfermos, en seguida á

enseñar los niños : y por la tarde, despues de la salve, descalzo con la cruz á cuestas, á la cabeza de la procesion del rosario, paseaba las calles de la villa, entrando en el convento á las ocho de la noche, para despertarse al siguiente dia, á pedir la limosna conque mantenia á los pobres.

Aquel hombre todo lo veia; en su concentracion habia algo extraordinario, que llenaba de admiracion las gentes.

Una vez en medio del camino, un esclavo por maldad le rompió una pierna, y al verlo caer tan humilde, arrepentido, llegó á socorrerlo.

— Infeliz criatura, le dijo amorosamente, déjame en tierra, que Dios me ampará; huye ántes que llegue la justicia.

Otra vez, luchando dos hombres que iban á matarse, al ver partir el golpe homicída, se interpuso y en su pecho recibió la herida mortal, cayendo á sus piés, de rodillas, los fieros combatientes.

Su corazon era caridad : su mano enjugaba las lágrimas de todos.

Y por eso los pueblos circunvecinos, y los habitantes de las ciudades, y los extranjeros que venian á pasar á la villa las temporadas de calor, le llamaban el santo de Guanabacoa.

IV

Por aquella época habia en la plaza mayor una casa la mas grande del territorio. Estaba junto de la iglesia, su forma era cuadrilátera : el piso bajo lo adornaban diez grandes ventanas de madera, y el principal un balconaje que corria toda la fachada.

La puerta de la entrada era grande : cuatro pilastras de piedra y una fuerte cadena, gastada por los años y la intemperie, indicaban que aquella habia sido residencia en los tiempos de la conquista ó poco despues, de gobernadores y justicias, ó de algun inquisidor.

La casa hacia cincuenta años estaba deshabitada. Sus paredes, puertas y ventanas, negras y carcomidas por la intemperie : de los techos de tejas podridas caian enredaderas de yedra y pitajayas : las lechuzas de la iglesia y los gatos de la vecindad, eran los únicos vivientes de la negrusca mansion, cuyo amo nadie conocia, y cuyas puertas, clavadas por defuera con grandes puntas de hierro, estaban perennemente cerradas.

¿Porqué la villa miraba con horror aquella casa dónde el amarillo jaramago y la yerba crecian libremente en sus salones y patios?...

Era, que á las doce de la noche, un lamento extraordinario turbaba su soledad interior.

Era que una voz, como la del que se va á morir, repetia melancólicamente con acento profundo :

— ¡Ay de mí!!! ay de mí!... ¡caigo! ¡ó no caigo!

Y luego un ruido sordo, como el arrastrar de una cadena, llenaba de espanto aquel lugar tenebroso.

Y despues todo quedaba en silencio. Ningun

mal producia el doloroso acento... ni una hoja de las verdes yedras, que por doquier crecian, estaba herida nunca; ni en el polvo de tantos años, allí amontonado, se marcaba ni clara ni imperceptiblemente, huella de animal ó de hombre...

En vano la justicia habia rodeado de sus alguaciles la casa, espiando el momento del ¡ ay! lamentoso, y del ruido extraordinario de la cadena.

En vano la iglesia, con sus exorcismos y agua bendita, trató de conjurar aquel espíritu; nadie habia podido descubrir el causante, ni el motivo de aquel misterio tan extraordinario. « Un alma, decia la gente, viene á la casa de cadenas, por designio de la Providencia, á cumplir sobre la tierra su gran condenacion. »

Quién creia, que el ¡ ay ¡ era el de un avaro, que allí tenia encerrado su tesoro, y que desde infierno venia á verlo.

Quién, que un padre, que habia dejado al morir encerrados sus hijos en subterráneos desconocidos, venia á llorar cada noche sobre sus huesos.

Quién que era el alma del famoso Obando Verdugo de la reina Anacaona, ó la del inquisidor, que allí habia vivido...

La gente se perdia en conjeturas estrafalarias; pero cada dia á la misma hora, al dar las doce de la noche en el reloj de la iglesia mayor, el alma en pena gritaba con acento lúgubre, que desde fuera oia la gente :

¡ Ay de mí ! ¡ ay de mí ! ¿ caigo ó no caigo ?...

V

Doña Giomar Miraflores de Pulgaron era una dama como de setenta años, que habitaba al lado de la casa de cadenas, á dónde se aparecia el alma.

Soltera, llegó de España; y soltera permanecia; y muy beata, era ejemplo de buenas mujeres.

La tradicion no dice la época de su llegada ni su orígen, pero sus buenas y elegantes maneras, revelaban lo elevado de su alcurnia.

Su venida á Guanabacoa era un misterio: doncella, hermosa y sin dueña ni parientes, dió mucho que murmurar; vivió oscurecida, y con

asistir á la iglesia, y hacer bien á los pobres, concluyó la gente, por creerla buena; y canonizada por la opinion, doña Giomar fué tenida por dama principal, y al fin se la citaba como modelo de solteronas.

Contemporáneo á su establecimiento en la plaza de la villa, fué la llegada del inquisidor Valdibieso; y á pesar del espanto que ya producia en aquellos tiempos la casa de cadenas, por una tradicion antigua, que aseguraba que en ella tenian sus aquelarres las brujas: mas valiente que ellas, allá se fué á vivir con su servidumbre, el inquisidor Valdibieso.

Al poco tiempo de su instalacion en la casa no fueron las brujas, las que allí daban miedo, el cuadro habia cambiado.

Un alma en pena espantaba la servidumbre del inquisidor: y pocos dias despues, al barrio y á la villa: pero el inquisidor seguia viviendo la casa de cadenas, conjurando el espíritu, ayudado de la iglesia y la justicia.

Por último, el inquisidor desapareció mas tarde, sin que se hubiera sabido nunca su paradero: la casa se cerró para no volver á

ser habitada: y el alma siguió quejándose á las doce, estuviera clara ó oscura, serena ó tempestuosa la noche.

¿Eran hermanas aquellas almas de la casa de cadenas y del carbonero que agitaba el cencerro en el barrio de corral falso?...

El miedo á las cosas sobrenaturales, y la preocupacion de las gentes sencillas, perdiéndose en conjeturas, no podia responderlo.

Pero aquel ¡ay! y el ruido de el cencerro, y aquel impenetrable misterio, parecian hijos de la misma causa.

¿Qué móvil de los que sacuden con violencia el atrevido corazon del hombre, le daba vida? ¿Era prodigio y voluntad de Dios?... ¿Era maldad de alguna criatura?

La gente se perdia en estériles reflexiones, cuando una noche de diciembre á las once y media, un fraile tranquilamente desenclavaba la puerta de la casa de cadenas.

La gente lo miraba con asombro: su intento hacia estremecer á los sencillos y temerosos vecinos.

Aquel era el santo de Guanabacoa, que despues

de descerrajar la puerta, entró tranquilamente en el patio de la casa, cubierto de alta y espesa yerba; subió la escalera, recorrió los salones, y por fin se sentó en el extremo de la galeria á donde diariamente se oia el grito del alma.

Dieron las doce : el santo habia apagado la lámpara : la noche era oscura : el silencio profundo : ni una hoja se movia, el ave nocturna plegaba medrosa sus alas y nada turbaba el alto silencio.

El santo acurrucado rogaba en un extremo de la galeria. Habia concluido la vibracion de la última campanada de las doce, cuando por la escalera del patio se adelantó una figura colosal. Venia en vuelta en un manto negro.

Entre la oscuridad se confundian las líneas de su estatura, y las de su cabeza y barba, blanca como la nieve.

Con paso grave y misterioso, fué adelantándose, y ya cerca del santo, gritó con lastimera voz :

— ¡ Ay de mí ! ¡ Ay de mí !... ¿ Caigo ó no caigo?

— No caerás, hombre de mala fé, le dijo el

santo, dando un brinco y arrojándose al cuello del fantasma, que con sus brazos de hierro lo apretó tan terrible y cruelmente, que si dura la presion un momento mas, la muerte del santo hubiera sido instantánea.

Pero el santo no exhaló nì un ¡ ay ! ni un suspiro; y casi ahogado, cayó al suelo como muerto.

El alma en pena desapareció.

Y cuando el santo recobró el sentido, arrojando sangre por la boca, volvió al convento, seguido de la gente que observaba, en su fisonomía, las señales de la lucha terrible, que tan en peligro habia puesto su vida, y que él, en su paciencia y caridad, á nadie revelaba.

VI

Llegó la siguiente noche : á la misma hora entró el santo en la casa de cadenas : y aguardó al alma en pena : y dieron las doce, la una, las dos y las tres, y nadie turbó el silencio. Nada revelaba que por allí hubiera podido pasar un ser humano.

El santo volvió á la noche tercera.

Muy grande era la oscuridad : y sonaron las doce : el alma no vino; entonces el santo se dirigió al barrio de corral falso, hácia donde se oia el cencerro.

De un espeso monton de tamarindos, comenzaron á adelantarse pausadamente cuatro caba-

llerías cubiertas de paños mortuorios, conducidas por un hombre alto y seco, cuya barba como la nieve, removia el viento.

Poco á poco venia la récua : parecian el conductor y las caballerías, emanacion del infierno.

Era aquella la gran figura de la casa de cadenas y traia la misma ropa talar.

El cencerro de la récua que sonaba espantando con su lugubre sonido, al fin llegó : entonces el santo, se arroja á las bridas de la caballería.

— Hombre de mala fé, detén el paso y pide perdon á Dios por tus culpas, le dijó con poderoso acento.

El alma nada respondió; pero una bala de arcabuz hirió al santo, que cayó á tierra, á donde fué pisoteado por las caballerías.

A la mañana los vecinos de corral falso le recojieron como muerto y lo llevarron al convento.

Pero ni en la casa de cadenas, ni en corral falso, volvió á aparecerse el alma.

*

VII

Hacia diez noches que la vecindad estaba tranquila; pero á las doce del onceno dia, volvió á oirse el ¡ay! de la casa de cadenas y el cencerro de corral falso...

Al dozavo, á la caida de la tarde, un viejo llegó al convento.

Avisad al santo dijo con voz muy lastimera, que un hombre que muere, necesita del óleo bendito.

El santo aun sufria de las heridas de la bárbara récua; y adolorido se levantó del lecho, cubrió con sus hábitos el óleo, y entregándole el farol al que lo buscaba le dijo :

— Vamos á la casa del moribundo.

Y por el camino, iba meditando en el alma en pena y decia en su corazon: « cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando descanso y no lo halla. »

Y al llegar á una humilde casa de guano, muy apartada del centro de la poblacion, se adelantó el viejo y le dijo : aquí es.

En el último cuarto de la casa estaba el moribundo; lo cuidaba una mujer anciana en cuyos ojos brillaba la idea del delito.

El viejo dejó el farol y volvió atrás á cerrar la puerta.

— Donde está Dios, dijo el santo, no necesita cerrarse.

El viejo sin embargo cerró, y volvió á la sala oscura, donde estaba el enfermo.

El santo habia entrado ya, y de rodillas oraba humilde, al lado de la cama.

La cabeza de aquel hombre era la del alma en pena de la casa de cadenas, y la del carbonero del corral falso. Tenia los cabellos herizados, la barba descompuesta; lívido el semblante, los siniestros ojos, inyectados en sangre.

El santo al bendecirlo, reparó que el viejo

del farol, empuñaba en vez de la lámpara un puñal agudo.

Volvió los ojos y vió que el enfermo se levantaba, agitando otro puñal mas ancho y reluciente.

La mujer estaba inmóvil, contemplando el principio del crímen, en un extremo de la sala.

El alma en pena iba á arrojarse desde el lecho sobre el débil fraile.

— No te levantes que vas á morir; encomiéndate á Dios, que apénas tienes tres minutos de vida... Encomiéndate á Dios, infeliz pecador, y salva tu alma, dijo el santo tendiendo sobre él sus manos suplicantes, y sus ojos llenos de caridad, y acercándose al lecho con la cruz de plata empapada en óleo bendito.

El viejo fantasma, en aquel momento, sintió un dolor agudo, muy agudo, que le abrasó el corazon, y que lo dejó como herido del rayo.

— ¡ Piedad, Dios mio! gritó, cayendo sobre la tierra moribundo.

— Mal cristiano, le dijo el santo, al viejo del

farol; deja el puñal, y ven aquí á alumbrar al óleo bendito.

El viejo se acercó temblando á alumbrar la uncion; la mujer que estaba muerta de miedo se adelantó tambien, y bañó con lágrimas los piés descalzos del santo de Guanabacoa, que oyó la confesion de aquel desgraciado.

De aquel desgraciado que era el inquisidor Valdibieso, padre de tres hijos, que vivian encerrados hacia muchos años, en un subterráneo de la casa de la cadenas; amante de doña Giomar Miraflores de Pulgaron la beata, que era la mujer, que á los piés del santo se arrepentia de sus pecados. Ayudando á bien morir al inquisidor, que á los pocos minutos, en medio de los mas horribles dolores, entregó el alma al Criador pidiendo misericordia.

— Ahora, doña Giomar, ves á libertar á tus infelices hijos: y ya que hasta hoy has vivido para la hipocresía y el delito, vive desde ahora hasta la muerte, para la virtud y la penitencia.

Los hijos de doña Giomar fueron luego una ilustre familia buena y cristiana.

Y el santo de Guanabacoa, que debió aquella noche morir asesinado por la mano de Valdibieso, vivió muchos años admirado por su gran caridad y sabiduría; y murió, siendo el objeto del amor y veneracion profunda de la villa.

Esta tradicion y la memoria de su vida ejemplar serán eternas.

El tiempo no podrá con su onda de nieve borrar estos recuerdos, que conservo de los años tranquilos y felices de la niñez; y que ahora voy desenterrando con melancolía de las telas del pobre corazon, heridas por la mano de la desgracia que no se acaba nunca.

FIN

PARIS. — IMPRENTA DE J. CLAYE, CALLE DE SAN BENITO, 7




THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS
BOUND BY

